

MARÍA, SAGRARIO VIVIENTE DEL ESPÍRITU SANTO

JESÚS POLO

El Concilio Vaticano II, hablando de María, ha recogido una expresión de honda raigambre patrística al llamarla «sagrario del Espíritu Santo»¹. De ahí la ha tomado S. S. Juan Pablo II en su reciente Encíclica sobre María².

Este título hace referencia, ante todo, a la acción trinitaria, atribuida al Espíritu Santo, gracias a la cual María, sin concurso de varón, pudo concebir al Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Se trata de una verdad de fe mencionada expresamente en los Símbolos: «et incarnatus est *de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*»³.

Este apelativo mariano apunta también a la especialísima relación que con el Espíritu Santo llegó a tener María por razón de su divina materni-

1. «Virgo Maria... est sacrarium Spiritus Sancti», *Const. dogm. «Lumen gentium»* (en adelante LG), n. 53.

2. *Carta Encicl. «Redemptoris Mater»* (en adelante RM), 25.marzo.1987, n. 9; AAS 79 (1987) 372.

3. *Credo* de la Misa Romana: Símbolo Constantinopolitano: MANSI, 3, 566; cfr. CONC. EFESINO, *ibid.*, 4, 1130; CONC. CALCEDONENSIS, *ibid.*, 7, 111-116; CONC. CONSTANTINOPOLITANO II, *ibid.*, 9, 375-396; CONC. VATIC. II, L. G., n. 52. El Papa Pablo VI repite a la letra la misma verdad: «Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine», *Solemnis Professio Fidei*, 30.jun.1968, n. 11. Sto. Tomás nos ofrece un claro testimonio de esta aplicación del término «sagrario», tomándolo como base de la «conveniencia» de la virginidad *post partum* de Nuestra Señora: «Hic error (Helvidii) injuriam facit Spiritui Sancto, cujus *sacrarium* fuit uterus virginalis, in quo carnem Christi formavit: unde non decebat ut de cetero violaretur per commixtionem virilem», *S Th*, III, 28, a. 3, c. De esta tradición se hace eco, entre otros, Sixto V, cuando llama a María «Templum Dei... et Sacrarium Spiritus Sancti», *Bula «Intemeratae Matris»*, 1.septbre.1585 (H. MARIN, *Documentos Marianos*, Madrid 1954, n. 177) y Gregorio XVI, cuando aprueba e indulgencia la jaculatoria «Sia lodato lo Spirito Santo, per virtù del quale fu templo vivo della Santissima Trinità», 8.enero.1838 (H. MARIN, *o. c.*, n. 257).

dad. Precisamente por ser Madre del Verbo hecho hombre, María adquirió unas relaciones del todo singulares con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. La frase íntegra del Concilio lo manifiesta con suficiente claridad: «La Virgen María... redimida de un modo eminente en atención a los futuros méritos de su Hijo y unida a El con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo»⁴.

Finalmente, no se puede pasar por alto una tercera referencia que incluye la apelación indicada: la presencia de inhabitación en el alma de María, obra común trinitaria, atribuida también al Espíritu Santo.

En este trabajo deseo tratar de la presencia de inhabitación en María, centrando mi análisis en la acción de los dones del Espíritu Santo en el alma de Ntra. Señora, que es un tema que con frecuencia se echa de menos en los estudios teológicos. Pero antes parece muy conveniente ofrecer una síntesis de los eternos designios de Dios sobre María. Aquí está el fundamento de todo lo que María llegó a ser y, por tanto, de la efusión interior que el Espíritu Santo derramó sobre ella.

1. *El designio de Dios sobre María*

Como tantas veces se ha dicho tomando palabras de la Bula *Ineffabilis Deus*, «en el mismo y único decreto» por el cual determinó Dios que la segunda Persona de la Sma. Trinidad se hiciera hombre, eligió y señaló a María como *Madre del Hijo de Dios encarnado*⁵.

Permítaseme recordar aquí una reflexión teológica que hace muy atinadamente el P. Aldama: «La elección de María para ser Madre del Redentor nos parece que fue tan gratuita, que Dios la eligió a Ella entre otras posibles creaturas. Por tanto *toda la razón de ser de la existencia de María es su elección para Madre*. Es decir, *María es esencialmente Madre*»⁶.

4. «Virgo enim Maria... intuitu meritorum Filii sui sublimiori modo redempta Eique arcto et indissolubili vinculo unita, hoc summo munere ac dignitate ditatur ut sit Genitrix Dei Filii, ideoque praedilecta filia Patris necnon sacrarium Spiritus Sancti» (CONC. VATC. II, L. G., n. 53).

5. «Virginis primordia... uno eodemque decreto cum divinae Sapientiae incarnatione fuerunt praestituta» (Pío IX, Bula «*Ineffabilis Deus*», 8.dic.1854; en H. MARIN, o. c., n. 271).

6. «Electio Mariae in Matrem Redemptoris ita videtur fuisse gratuita, ut Deus Eam simpliciter elegerit inter posibles creaturas. Unde tota ratio existentiae Mariae

La divina elección de María no se detuvo ahí. Quiso Dios además, en sus insondables designios de misericordia, sabiduría y omnipotencia, *adornar* a María con «la abundancia de todos los celestiales carismas... muy por encima de todos los ángeles y santos»⁷, a fin de que fuera en todo momento *digna Madre del Hijo de Dios* hecho hombre. Porque «era convenientísimo que brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad... tan venerable Madre, a quien Dios Padre dispuso dar a su único Hijo, a quien ama como a Sí mismo»⁸. Sobre esta base se apoya la razón teológica de otros dogmas marianos. En primer lugar, de su Concepción Inmaculada y el de la plenitud de gracia de que gozó María desde el primer instante de su ser, con el consiguiente acompañamiento de las virtudes infusas y de los dones del Espíritu Santo⁹. En segundo término, el de la exención de todo pecado personal, incluso venial, que, por especial privilegio, concedió el Señor a la Sma. Virgen¹⁰. De modo similar, aquí se sitúa también una de las razones teológicas del dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos¹¹. La razón teológica del dogma de la maternidad virginal, aunque también tiene aquí un cierto apoyo, dice más estrecha relación con la maternidad divina en cuanto tal. Los Santos Padres, comentando el texto de Isaías 7, 14, que presenta el hecho como una «señal» divina, «enseñan frecuentemente que el Hijo de Dios no podía nacer más que de una virgen; y, al revés, que una virgen no podía tener como hijo más que a Dios»¹².

est Ejus electio in Matrem. Est ergo essentialiter Mater» (J. A. DE ALDAMA, *Mariologia seu de Matre Redemptoris*, en *SThS*, III, Matriti 1953, pág. 342, n. 20, 1).

7. «Deus... Illam longe ante omnes angelicos spiritus cunctuosque sanctos caelestium omnium charismatum copia... cumulavit» (Pío IX, *l. c.*, en H. MARIN, *o. c.*, n. 269).

8. «Et quidem decebat omnino, ut perfectissimae sanctitatis splendoribus semper ornata fulgeret... tam venerabilis Mater, cui Deus Pater unicum Filium suum... tamquam seipsum diligit», (Pío IX, *l. c.*, n. 270).

9. Cfr. J. A. DE ALDAMA, *l. c.*, n. 69. Dice el Vaticano II: «Singularis prorsus sanctitatis splendoribus a primo instante suae conceptionis ditata, Nazarethana Virgo...», *LG*, n. 56.

10. Sobre este dogma, cfr. J. A. DE ALDAMA, *l. c.*, nn. 60-63; sobre su razón teológica, *ibid.*, n. 69.

11. Digo «una» de las razones teológica, porque son varias las que pueden aducirse. La que aquí quiero subrayar está expresada por el Papa Pío XII de esta manera: «Cum Redemptor noster Mariae Filius sit, haud poterat, utpote divinae legis observator perfectissimus, praeter Aeternum Patrem, Matrem quoque suam dilectissimam non honorare. Atqui cum Eam posset tam magno honore exornare, ut Eam a sepulcri corruptione servaret incolumem, id reapse fecisse credendum est» (*Bula «Munificentissimus Deus»*, 1.nov.1950, en H. MARIN, *o. c.*, n. 809; cfr. J. A. DE ALDAMA, *l. c.*, n. 220, b).

12. «SS. Patres saepe docent, filium Dei non potuisse nasci nisi ex virgine; et e

Y aquí hay que colocar también la base argumental del hecho comúnmente admitido por los teólogos en conexión con la Concepción Inmaculada, que es la ausencia de concupiscencia en María¹³.

María, pues, fue elegida para Madre del Hijo de Dios y para ser, además, digna Madre de El. Pero a esta divina disposición, con todo lo que ella implicaría de singulares dones y privilegios en el ser de María, Dios quiso añadir un nuevo elemento. Dios quiso asociar a María con su Hijo divino y unirla a El «con un apretadísimo e indisoluble vínculo»¹⁴, para que fuera no sólo su Madre en el orden físico, sino también su *eficaz y generosa cooperadora*¹⁵, «con El y bajo El»,¹⁶ en la salvación de los hombres. Por lo cual, la «unió con nexo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo»¹⁷. Una cooperación que, según enseña e ilustra el Concilio Vaticano II, «ni oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo, sino que más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Ssma. Virgen en favor de los hombres no es exigido por una necesidad absoluta, sino que surge del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de ella saca toda su fuerza; y, en cuanto a la unión inmediata de los creyentes con Cristo, lejos de impedirle, la fomenta»¹⁸.

Un nuevo plano es preciso considerar todavía en la elección eterna que Dios hizo de María: *su maternidad espiritual sobre toda la humanidad*.

contrario virginem non potuisse habere filium, nisi Deum», (J. A. DE ALDAMA, *l.c.*, n. 116).

13. Cfr. J. A. DE ALDAMA, *l.c.*, nn. 50-51.

14. «Quocirca... sanctissima Virgo, artissimo et indissolubili vinculo cum Eo (Christo) conjuncta, una cum illo et per illum sempiternas contra venenosum septem inimicitias exercens, ac de ipso plenissime triumphans, illius caput immaculato pede contrivit» (Pío IX, *Bula «Ineffabilis Deus»*, *l.c.*, n. 285).

15. «Beata Virgo... exstitit alma divini Redemptoris Mater, singulariter prae aliis generosa socia... operi Salvatoris singulariter prorsus modo cooperata est...» (CONC. VATC. II, *LG*, n. 61. Los subrayados son míos).

16. «Ita Maria... semetipsam... personae et operi Filii sui totaliter devovit, sub Ipso et cum Ipso, omnipotentis Dei gratia, mysterio redemptionis inserviens» (CONC. VATC. II, *LG*, n. 56. Los subrayados son míos).

17. «...Beatam Mariam Dei Genitricem..., quae indissolubili nexu cum Filii sui opere salutari conjungitur» (CONC. VATC. II, *Const. «Sacrosanctum Concilium»*, n. 103).

18. «Mariae autem maternum munus erga homines hanc Christi unicam mediationem nullo modo obscurat nec minuit, sed virtutem ejus ostendit. Omnis enim salutaris Beatae Virginis influxus in homines non ex aliqua rei necessitate, sed ex beneplacito divino exoritur et ex superabundantia meritum Christi profluit, ejus mediationi innititur, ab illa omnino dependet, ex eademque totam virtutem haurit; unionem autem immediatam credentium cum Christo nullo modo impedit sed fovet» (CONC. VATC. II, *LG*, n. 60).

Desde el momento en que María había de ser, prevista la caída del pecado, Madre de Dios Redentor y, más aún, habiendo de ser la más excelsa cooperatora con Cristo en la obra de la salvación, es obligado pensar que el influjo materno espiritual de María sobre los hombres había de ser tal, según los planes de Dios, que incidiera en «la restauración de la vida sobrenatural de las almas» y que, por esto, fuera ella «nuestra Madre en el orden de la gracia»¹⁹. La maternidad espiritual de María sobre todos y cada uno de los hombres no se origina ni se funda en una *mera disposición testamentaria* de Cristo. Que Cristo, antes de morir, nos hubiera dejado a su Madre por Madre nuestra sería sin duda alguna una gracia singular. Pero esto no sería suficiente para que pudiera decirse que Ella es *verdadera Madre* nuestra.

El origen y fundamento de esta consoladora realidad es más profundo. Está en la íntima solidaridad que el Hijo de Dios establece con toda la humanidad desde el mismo instante en que empieza a ser hombre en el seno de la Virgen Madre. Por la solidaridad de toda la humanidad con Adán «entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... incluso sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán» (Rom 5, 12-14). De modo similar y con mayor fuerza, por la solidaridad con Cristo, el «nuevo Adán», podrán los hombres «recibir en abundancia la gracia y el don de la justicia» (Rom 5, 17). «El Hijo de Dios, como subraya el Conc. Vaticano II, mediante su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre»²⁰. Pero, como ha señalado Juan Pablo II, «no se trata del hombre 'abstracto', sino real, del hombre 'concreto', 'histórico'. Se trata de 'cada' hombre... en su única e irreplicable realidad humana»²¹.

Gracias a esta solidaridad, se lleva a efecto entre Cristo y la humanidad el *admirabile commercium*, por el cual Cristo carga sobre sí con todo el cúmulo de pecados de los hombres, satisfaciendo infinitamente por ellos ante el Padre, y los hombres podemos ser interiormente renovados por la gracia de Dios y ser «constituidos justos» (Rom 5, 19), cuando se nos aplican los méritos de la vida, pasión y muerte del Señor²².

19. «Beata Virgo... operi Salvatoris... cooperata est... ad vitam animarum supernaturalem restaurandam. Quam ob causam mater nobis in ordine gratiae exstitit» (CONC. VATC. II, *LG*, n. 61).

20. «Ipse enim Filius Dei, incarnatione sua cum omni homine quodammodo Se univit», (CONC. VATC. II, *Const. pastor. «Gaudium et spes»*, n. 22).

21. «Non agitur de homine abstracto, sed vero, ut est, de homine concreto, historico, ut aiunt. De quolibet homine agitur... quatenus *realis* ejus existentia, unica neque iterabilis, respicitur», (JUAN PABLO, *Encíc. «Redemptor hominis»*, 4.marzo.1979, n. 13; *AAS* 71 (1979) 283).

22. Cfr. CONC. TRID., *Decretum de justificatione*, cap. 1-7; *DSch* 792a-800/1520-1531.

Esta íntima solidaridad de Cristo con toda la humanidad en orden a poder salvarla tiene en Teología una expresión más usual, cual es la de que Cristo es «Cabeza de todos los hombres» en el plano de la salvación y de la gracia, como afirma Sto. Tomás: «Salvar a los hombres o ser propiciación por sus pecados, le conviene a Cristo en cuanto que es Cabeza. Por tanto, Cristo es Cabeza de todos los hombres»²³.

Debido a esta unión tan estrecha de tipo sobrenatural de todos los hombres con Cristo, cuando María estaba engendrando a Cristo físicamente, engendraba también mística, pero realmente, a todos los hombres. Y cuando daba a luz a Cristo en Belén, estaba dando a luz también místicamente a todos los hombres. Dice a este propósito S. León Magno: «Mientras adoramos el nacimiento de nuestro Salvador, he aquí que estamos celebrando a la vez nuestro nacimiento. Porque la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano y el natalicio de la Cabeza es el natalicio del cuerpo»²⁴. He aquí cómo se expresa S. Pío X: «¿No es acaso María Madre de Cristo? Pues también es Madre nuestra. Todos deben tener muy presente que Jesús, que es el Verbo de Dios hecho carne, es también el Salvador del género humano. Ahora bien, en cuanto Dios-Hombre, El adquirió un cuerpo concreto como los demás hombres. Pero en cuanto Salvador de nuestro linaje, consiguió un cierto cuerpo espiritual o, según se dice, místico... La Virgen no concibió al Hijo eterno de Dios solamente para que, recibiendo de Ella una naturaleza humana, se hiciese hombre; sino también para que, mediante esta naturaleza recibida de Ella, fuese el Salvador de los mortales... Así, pues, *en el mismo seno virginal de la Madre*, asumió Cristo para sí una carne y, *al mismo tiempo, adquirió un cuerpo espiritual*, el cuerpo formado por aquellos que habían de creer en El. De tal forma, que puede decirse que María, cuando llevaba en su seno al Salvador, llevaba también en él a aquellos cuya vida estaba contenida en la vida del Salvador. Por ello, todos cuantos estamos unidos con Cristo y, según frase del Apóstol, somos, 'miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos' (Efes 5, 30), *hemos salido del seno de María a semejanza de un cuerpo unido con su cabeza*. Por ello, en un sentido espiritual y místico, nosotros somos llamados hijos de María y Ella es Madre de todos nosotros. Madre ciertamente en el espíritu, pero *Madre verda-*

23. «Salvare autem homines, aut propitiatorem esse pro peccatis eorum, competit Christo secundum quod est caput. Ergo Christus est caput omnium hominum», (*STh*, III, q. 8, a. 3, in c).

24. «Dum Salvatoris nostri adoramus ortum, invenimur nos nostrum celebrare principium. Generatio enim Christi origo est populi Christiani, et natalis capitis natalis est corporis» (S. LEÓN MAGNO, *Sermo 6 in Nativitate Domini*, cap. 2; *PL* 54, 213 B).

dera de los miembros de Cristo, que somos nosotros»²⁵. El Papa Pío XI enseña de forma expresa que «María no cuida y ama menos a los que ignoran que han sido redimidos por Cristo que a los que felizmente disfrutan de los beneficios de la Redención, puesto que todos le fueron encomendados en el Calvario a su maternal amor»²⁶.

La maternidad espiritual de María, que se inicia en el momento de la Encarnación en Nazaret, ya no concluye jamás, porque María la sigue ejerciendo desde el cielo. Pero alcanza un momento importante en Belén y se consolida en el Calvario junto a la cruz de su Hijo. Los dolores que no padece María dando a luz a Cristo ni por él ni por nosotros, los pasa María sólo por nosotros, en íntima unión con Cristo, en el Calvario.

Cuando Cristo culmina la redención de los hombres ofreciendo a Dios Padre su infinito amor, probado en el crisol de los más crueles dolores, y así nos está convirtiendo en «nueva creatura», también María, unida al dolor y al ofrecimiento de su Hijo, está ofreciendo su propio sacrificio con fe acendrada, con esperanza inquebrantable, con intensísimo amor por la «regeneración» espiritual de los hombres.

María es, en el Calvario, aquella «mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y con una corona de doce estrellas en su cabeza», que, sin embargo, «grita al dar a luz y sufre los dolores del parto» (Apoc 12, 1-2). Comenta S. Pío X: «Nadie ignora que esta mujer designa a la Virgen María, que, sin merma alguna de su integridad, engendró a nuestra Cabeza...

25. «An non Christi Mater Maria? Nostra et Mater est. Nam statuere hoc sibi quisque debet, Jesum, qui Verbum est caro factum, humani etiam generis Servatorem esse. Jam, qua Deus-Homo, concretum Ille, ut ceteri homines, corpus nactus est. Qua vero nostri generis restitutor, spirituale quoddam corpus atque, ut aiunt, mysticum, quod societas eorum est, qui Christo credunt... Atqui aeternum Dei Filium non ideo tantum concepit Virgo ut fieret homo, humanam ex Ea assumens naturam; verum etiam ut per naturam ex Ea assumptam mortalium fieret sospitator... In uno igitur eodemque alvo castissimae Matris, et carnem Christus Sibi assumpsit, et spirituale simul corpus adjunxit, ex iis nempe coaugmentatum, qui credituri erant in Eum. Ita, ut Salvatorem habens Maria in utero, illos etiam dici queat gessisse omnes, quorum vitam continebat vita Salvatoris. Universi ergo, quotquot cum Christo jungimur, quique, ut ait Apostolus, 'membra sumus Corporis ejus, de carne ejus et de ossibus ejus' (Eph 5, 30), de Mariae utero egressi sumus tanquam corporis instar coherentis cum capite. Unde spirituali quidem ratione ac mystica, et Mariae filii nos dicimur, et Ipsa nostrum omnium Mater est. Mater quidem spiritu; sed plane Mater membrorum Christi, quod nos sumus», (S. Pío X, *Encicl. «Ad diem illum»*, 2.febr.1904, *apud* H. MARIN, *o. c.*, n. 487).

26. «Maria, quae cum homines universos in Calvario habuerit materno animo suo commendatos, non minus eos fovet ac diligit qui se fuisse a Christo Jesu redemptos ignorant, quam qui Ipsius redemptionis beneficiis fruuntur feliciter» (Pío XI, *Encicl. «Rerum Ecclesiae»*, 28.febr.1926; en H. MARIN, *l. c.*, n. 597).

Entonces ¿de qué misterioso parto se trata, puesto que es doloroso? *Del nuestro. Nos está dando a luz a nosotros*, que, retenidos todavía en este destierro, necesitamos ser engendrados en el perfecto amor de Dios y en la eterna felicidad»²⁷.

Las palabras de Cristo en la cruz «Mujer, ahí tienes a tu hijo», «ahí tienes a tu Madre» (Jn 19, 26-27) son la solemne proclamación de estos vínculos de maternidad-filiación que, en el orden del espíritu, existían ya entre María y todos los hombres: «La Madre de Cristo —dice el Papa Juan Pablo II— encontrándose en el centro mismo del misterio pascual del Redentor que abarca al hombre —a todos y cada uno— *es entregada al hombre* —a todos y cada uno— *como Madre*»²⁸.

Por eso, la cooperación mediadora de María de que hablabamos antes «tiene un carácter específicamente maternal»²⁹. Y la llevará a cabo lo mismo en la línea *ascendente, in stadio Redemptionis efficiendae* (cooperación maternal *corredentora*) que en la línea *descendente, in stadio Redemptionis applicandae* (cooperación maternal de *intercesora* ante Dios y de *distribuidora* de todas las gracias).

Si esta maternidad espiritual de María, según el designio eterno de Dios, alcanza a todos los hombres, se realiza de «modo especial» sobre los que son *in actu* miembros de la Iglesia. María es *Madre de la Iglesia*, es decir, «Madre de todo el pueblo de Dios tanto de los fieles como de los pastores»³⁰. Y la razón profunda de este título, «que no es nuevo para la piedad de los cristianos», como señaló el Papa Pablo VI³¹, está en que María es «Madre de Aquél que desde el primer instante de la Encarnación en su

27. «Nullus autem ignorat, mulierem illam Virginem Mariam significasse, quae caput nostrum integra peperit... Vidit igitur Joannes sanctissimam Dei Matrem aeterna jam beatitate fruentem, et tamen ex arcano quodam partu laborantem. Quonam autem partu? Nostrum plane, qui exsilio adhuc detenti, ad perfectam Dei caritatem sempiternamque felicitatem gignendi adhuc sumus» (S. Pío X, *Encicl. «Ad diem illum»*, l. c., n. 496).

28. «Christi Mater, cum intra hujus mysterii (*pascalii mysterii Redemptoris*) ipsum circuitum invenitur, quo homo —quisque homo et singuli— continetur, homini committitur —cuique homini et singulis— tanquam mater» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 23; *AAS* 79 (1987) 391). Para valorar cuanto dice el Papa en este número de la Encíclica, es preciso atender a la afirmación que acaba de hacer en el número anterior: «Sicut effert Concilium: Maria «mater nobis in ordine gratiae exstitit». Haec in gratiae ordine maternitas *ex ipsa ejus divina maternitate est projecta*», n. 22; l. c., 390. El subrayado es mío.

29. «Mediatio enim Mariae *intime connectitur cum ejus maternitate*, indolem prae se ferens proprie maternam» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 38; *AAS* 79 (1987) 411).

30. PABLO VI, *Discurso Clausura 3ª ses. Conc. Vatic. II*, 21.nov.1964, *AAS* 56 (1964) 1015; cit. por JUAN PABLO II, *RM*, n. 47; *AAS* cit., p. 425.

31. PABLO VI, l. c.

seno virginal se constituyó en Cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia»³².

Este hecho de la maternidad espiritual de María respecto de la Iglesia implica aspectos importantes que conviene subrayar. María, por ser Madre de la Iglesia, no está «fuera de ella», sino todo lo contrario: «es miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia»³³. Y lo es porque, siendo Madre de Dios, está adornada con todas las especiales gracias de que el Señor quiso dotarla para que fuera «digna Madre de su Hijo divino» y la «generosa cooperadora» con Cristo en la obra de la Redención. Por lo cual, unida íntimamente a Dios y a la obra redentora de Cristo con una fe heroica, una esperanza firme y una ferviente caridad, es, a la vez, «prototipo y ejemplar eximio»³⁴ de la Iglesia y de su acción salvífica.

«La Iglesia en cuanto Cuerpo y en cuanto Esposa de Cristo —ha escrito el Card. Journet—... alcanza en María su más alta realización»³⁵. A semejanza de María, la Iglesia es también Madre y Virgen, pero —como subraya el Vatic. II— «María la precedió mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre»³⁶.

«Por tanto, cuando se dice que María es el prototipo de la Iglesia, se quiere decir que María es, en la Iglesia, más Madre que la Iglesia, más Esposa que la Iglesia y, por haber sido preservada del pecado original, más Virgen que la Iglesia. Se quiere decir que María es Madre, es Esposa y es Virgen *antes que* la Iglesia y *para* la Iglesia. Es decir, que *en* María sobre todo y *por* María es la Iglesia Madre, Esposa y Virgen. Por un impulso misterioso que viene de María, por una misteriosa excelencia que se difunde a partir de María, puede la Iglesia, a su vez, ser tan verdaderamente Madre, tan verdaderamente Esposa, tan verdaderamente Virgen. Porque en el orden de la santidad, que es el de los valores supremos, María es, en torno a Cristo, como la primera onda de la Iglesia, generadora de todas las demás hasta el fin de los tiempos»³⁷.

Y si la Iglesia, por estar constituida «a modo de sacramento universal de salvación»³⁸, se dirige a todos los hombres, puesto que «sólo por ella

32. *Ibid.*

33. «...supereminens prorsusque singulare membrum Ecclesiae» (CONC. VATC. II, LG, n. 53).

34. «Typus et exemplar spectatissimum» (*Ibid.*; también n. 63).

35. CH. JOURNET, *L'Église du Verbe Incarné*, t. II, Paris², 1962, p. 392.

36. «Beata Virgo Maria praecessit, eminenter et singulariter tum virginis tum matris exemplar praebens» (CONC. VATC. II, LG, n. 63).

37. CH. JOURNET, *o. c.*, pág. 427-428.

38. CONC. VATC. II, LG, n. 48; *Decr. «Ad gentes»*, n. 1. La idea está expresada de modo más completo en la *profesión de fe* que hace el Concilio antes de determi-

puede obtenerse la plenitud total de los medios salvíficos»³⁹, también en este aspecto es María su ejemplar eximio. He aquí unas palabras de Juan Pablo II bien expresivas: «María está presente en la Iglesia como Madre de Cristo y, a la vez, como aquella Madre que Cristo, en el misterio de la Redención, ha dado *al hombre* en la persona del apóstol Juan. Por consiguiente, María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, *a todos y cada uno en la Iglesia*, acoge también *a todos y cada uno por medio de la Iglesia*. También en este sentido María, Madre de la Iglesia, es su modelo»⁴⁰.

Antes de concluir la presentación de María en el plan salvífico de Dios es necesario considerar un último aspecto, que han puesto de relieve los Santos Padres y algunos documentos del Magisterio eclesiástico. Es el de la complacencia con que Dios contempló a María desde toda la eternidad, una vez que la eligió para Madre de su propio Hijo hecho hombre.

Debo aclarar en este punto que soy partidario de la opinión teológica, según la cual la predestinación divina de María para Madre de Dios fue *in ordine intentionis* totalmente gratuita y no posterior a sus méritos previstos⁴¹. La raíz, por tanto, de la elección divina está en la voluntad y que-

nar en qué consiste la libertad en materia religiosa. Dice, en efecto: «*Profitetur Sacra Synodus Deum Ipsum viam generi humano notam fecisse per quam, Ipsi inserviendo, homines in Christo salvi et beati fieri possint. Hanc unicam veram Religionem subsistere credimus in catholica et apostolica Ecclesia, cui Dominus Jesus munus concredidit eam ad universos homines diffundendi*», *Declar. «Dignitatis humanae»*, n. 1. (Los subrayados son míos). De forma coincidente se manifiesta la LG, n. 8, el *Decr. «Unit. redinteg.»*, nn. 1-3 y la CONG. DOCTR. FE, *Declar. «Mysterium Ecclesiae»*, 24.jun.1973, n. 1.

39. «Per solam enim catholicam Christi Ecclesiam, quae generale auxilium salutis est, omnis salutarium mediorum plenitudo attingi potest» (CONC. VATIC. II, *Decr. «Unit. redinteg.»*, n. 3). El Concilio reconoce que, fuera de la Iglesia, en las confesiones cristianas separadas, «pueden darse muchos e importantes elementos y bienes» de salvación, incluso sacramentos «que pueden producir la gracia», *ibid.*, y LG, n. 15; pero añade que todos estos dones son «propios de la Iglesia de Cristo e inducen a la unidad católica», LG, n. 8; *«Unit. redinteg.»*, n. 3. Señala también que, en las religiones no cristianas, puede darse algo «bueno y verdadero», pero ello es «preparación evangélica», LG, n. 16, que necesita de la Iglesia de Cristo para que sea «elevado» a un orden sobrenatural de salvación, LG, nn. 13 y 17. Nótese que esta palabra («elevado») es un término en Teología, que el Concilio usa las dos veces que trata del tema.

40. «Maria in Ecclesia praesens adest ut Mater Christi ac simul ut Mater illa quam Christus in mysterio Redemptionis dedit homini in persona Joannis apostoli. Quapropter Maria, nova maternitate in Spiritu praedita, complectitur universos et unumquemque in Ecclesia, complectitur etiam universos et unumquemque ope Ecclesiae. Hac significatione Mater Ecclesiae est etiam exemplar Ecclesiae» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 47; *AAS* 79 (1987) 425-426).

41. Cfr. J. A. DE ALDAMA, *o. c.*, nn. 17-20. Afirmando, a la vez, siguiendo a ilustres teólogos, que María *in ordine executionis* mereció la divina maternidad, con un merecimiento «de congruo»; cfr. *ibid.*, n. 20, 3.

rer de Dios. En este sentido podría decirse que la razón última de la predestinación es el «amor de Dios» por ella. Este parece ser el sentido que tienen las palabras de Benedicto XV: «...la Virgen Santísima, a la que Dios mismo amó tanto que la escogió por Madre»⁴².

El amor y la complacencia divina de que aquí hablo, es *logice posterior* a la elección que Dios hizo eternamente de María para Madre de su Hijo divino. Y doy por supuesto que, en esta elección, está contenida la maternidad divina de María, pero no aislada de otros dones y privilegios, como podríamos concebirla en abstracto, sino unida con todas las gracias con que Dios quiso de hecho adornarla en el actual orden de providencia.

Acaba, pues, Dios de configurar a María eternamente tal como ha decidido que sea cuando llegue la plenitud de los tiempos: Madre del Verbo hecho hombre, Madre Inmaculada, Madre Santísima y llena de gracia, Madre Virgen, Madre íntimamente unida a toda la obra santificadora y redentora de Cristo, Madre asunta en cuerpo y alma a los cielos, Mediadora con Cristo y por Cristo entre Dios y los hombres, Madre espiritual de la humanidad, Corredentora, Impetradora y Dispensadora de todas las gracias, Madre especialmente de la Iglesia y, por ello, su prototipo y modelo. Y entonces, según nos es permitido expresarnos dada la limitación de nuestro pensamiento y de nuestro lenguaje, Dios se complació profundamente en ella. «En tanto grado la amó por encima de todas las creaturas —dice Pío IX—, que en sola ella se complació con señaladísima benevolencia»⁴³. María era ante los ojos de Dios, «la cima de la belleza», «la síntesis de lo bello», como la llamó Pablo VI⁴⁴. Más aún, María tal como salió de las manos de Dios —y nunca dejaría de corresponder en la realidad de su vida al ejemplar divino sobre ella— «es la criatura más transparente de la divina presencia Trinitaria: 'Lo que los cielos no pudieron contener, Tú lo encerraste en tu seno'»⁴⁵. Llena de Dios, unida a Dios de un modo tan íntimo y singular, María es «toda ideal y toda real», «el prototipo y modelo de la perfección humana»⁴⁶; en una palabra, la «obra maestra de Dios»⁴⁷.

42. «...Virgo beatissima, quam Deus ita dilexit, ut eam sibi matrem elegerit» (BENEDICTO XV, *Epist. «Coheret plane»*, 21.marzo.1919, en H. MARIN, o. c., n. 559).

43. «...tantoque prae creaturis universis est prosecutus amore, ut in illa una sibi propensissima voluntate complacuerit» (Pío IX, *Bula «Ineffabilis Deus»*, l. c., n. 269).

44. PABLO VI, *Disc. en el IV Centenario de las CC. MM.*, 12.septbre.1963; *Ecclesia* 1 (1963) 1249.

45. *Ibid.*

46. PABLO VI, *Alocución del Angelus*, 5.marzo.1978; *Ecclesia* 1 (1978) 331.

47. PABLO VI, *Hom. en la festi. de la Nativ. de María*, 8.septbre.1964; *Ecclesia* 2 (1964) 1249.

Situados en este punto, demos un paso más. Todo cuanto es María en el orden de la naturaleza y de la gracia, lo es *en orden a Cristo y siempre por gracia de Cristo*. Pero subrayemos el dato fundamental: en el plan salvífico de Dios, está íntimamente unida a El, muy por encima de cualquier otra creatura. Ella «está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, antecede con mucho a todas las demás creaturas, así del cielo como de la tierra»⁴⁸.

Esto quiere decir que, siempre subordinada a Cristo, está con El en todos los «momentos» del plan Salvífico. En concreto, cuando el Padre se complace en su propio Hijo coronando la Creación. «El es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la Creación, porque en El fueron creadas todas las cosas... Todo fue creado por El y para El, El existe con anterioridad a todo y todo tiene en El su consistencia» (Col 1, 17). Hoy está fuera de duda que este texto se refiere al Verbo hecho hombre⁴⁹. Sin entrar aquí en la discusión sobre el motivo último de la Encarnación del Hijo de Dios⁵⁰, parece innegable que si Cristo Jesús es, en la mente divina, el «Primogénito de toda la Creación», y Dios Padre ve con gratos ojos la Creación porque contempla en ella a su propio Hijo Divino, María participa, por pura liberalidad divina, de esta «primogenitura» de un modo y en un grado totalmente singular, enormemente más elevado que ninguna otra creatura, y es objeto, con Cristo y bajo Cristo, de la mirada complacida con que el Padre ama la Creación. No parece ajeno a este pensamiento el hecho de la aplicación que a María hace la Liturgia de los famosos textos de la Sabiduría: «Desde la eternidad fui moldeada, desde el principio, antes que la tierra. Cuando no existían los abismos... cuando no había fuentes de agua. Antes que los montes fuesen asentados, antes que las colinas, fui engendrada... Cuando asentó los cielos, allí estaba yo, cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo...» (Prov 8, 23-28).

María no está «fuera» de la Creación. Ella es un ser creado. Pero tampoco está «fuera» ni al margen de la Redención, ni de la Iglesia. Y así como siendo la «primera redimida» es, por voluntad de Dios, la «generosa cooperadora del Redentor en toda la obra de la salvación», de modo semejante,

48. CONC. VATIC. II, LG, n. 53.

49. J. M. GONZÁLEZ RUIZ, *Cartas de la Cautividad*, Roma-Madrid 1956, 315-327.

50. Cfr. J. SOLANO, *De Verbo Incarnato*, en *SThS*, III, BAC, Matriti 1953, nn. 1-15; M. J. SCHEEBEN, *Los Misterios del Cristianismo*, I, Barcelona 1953, pp. 424-428. 442-455; M. SCHMAUS, *Teología Dogmática. III, Dios Redentor*, Madrid 1963, pp. 83-84.

por los singulares dones de naturaleza y de gracia que derramó Dios sobre ella y por la íntima unión que Dios dispuso que tuviera con Cristo en todo el plan salvífico, es ella misma la «primera» de las creaturas que es amada por Dios Padre en Cristo. Por ello, es también a una con Cristo, el objeto de la divina complacencia y en ella, siempre unida con Cristo, ama Dios Padre a la Creación entera.

He aquí unas palabras de Juan Pablo II que avalan estas ideas: «En el misterio de Cristo, María está presente ya antes de la Creación del mundo como aquella que el Padre ha elegido como Madre de su Hijo en la encarnación; y, junto con el Padre, la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad. María *está unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional* e igualmente *es amada en este Amado* eternamente, en este Hijo consubstancial al Padre, en el que se concentra toda la gloria de la gracia... *Ella lleva en sí, como ningún otro* entre los seres humanos, *aquella gloria de la gracia* con que el Padre nos agració en el Amado y *esta gracia determina la extraordinaria grandeza y belleza de todo su ser*. María permanece así *ante Dios, y también ante la humanidad entera*, como el *signo inmutable e inviolable de la elección por parte de Dios*, de la que nos habla la carta paulina»⁵¹.

Finalmente, desde la tierra al cielo sube incesantemente «por Cristo, con El y en El, a Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». Esta alabanza y glorificación brota de la Cruz de Cristo, que, muerto y resucitado, continúa ofreciendo al Padre su amor infinito «como oblación y víctima de suave aroma» (Ef 5, 2). En ese amor de Cristo está incluido el mundo todo y, de modo especial, la humanidad. De entre todos los seres creados que consciente y libremente se asocian a esa alabanza que sube al Padre por Cristo, destaca de forma sobreexcelente el Corazón de una Mujer, que, por especial privilegio de Dios, fue preservado de toda culpa, de todo pecado personal incluso leve y, adornado desde el primer instante de la plenitud de gracia y de los dones del Espíritu Santo, creció de continuo en el amor. Es el Corazón de María. Es el Corazón

51. «In mysterio Christi ea est *praesens* jam 'ante mundi constitutionem', utpote quam Pater elegerit Matrem Filii sui in incarnatione et cum Patre elegerit Filius, eam Spiritui sanctitatis ex aeternitate permittens. Maria ratione omnino singulari et extraordinaria juncta est Christo, et item in aeternitate amatur in hoc Filio dilecto, in hoc Filio consubstantiali Patri, in quo tota continentur gloria gratiae... Illa... in se continet, ut nemo alius hominum, eam gloriam gratiae, quam Pater dedit nobis in Filio suo dilecto; qua in *gratia posita est singularis magnitudo et pulchritudo* totius quod est ipsa. Hinc Maria coram Deo et etiam coram toto genere humano signum manet immutabile et inviolabile electionis Dei, de qua *Epistula* Pauli loquitur» (JUAN PABLO II, RM, nn. 8 y 11; AAS 79 (1987) 370-371. 373).

llo de ardentísimo amor de quien es la hija «predilecta del Padre», la «Madre del Hijo», el «sagrario del Espíritu Santo». Y si en el «honor y gloria» que el Hijo tributa al Cielo no puede menos de complacerse Dios Padre, podemos colegir que esa complacencia de Dios Padre comprende y asume también el «honor y gloria» de María, a quien el Padre ha unido desde toda la eternidad a la obra redentora de Cristo nuestro Señor.

Y si el «honor y gloria» que Cristo, como Cabeza de toda la Creación, ofrece a Dios Padre sostiene el universo, podemos concluir legítimamente que también la ofrenda de María es, mucho más poderosamente que la de cualquier otra creatura, sustentadora, con Cristo, de toda la Creación y, más íntimamente, de toda la humanidad. «El amor que las almas santas tienen a Cristo —dice Fray Luis de León— es el sustento del mundo y el que le tiene como de la mano para que no desfallezca... Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo..., así en el punto en que faltase en el suelo quien le reconociese y amase y sirviese, se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello a que son»⁵². Esto es lo que de un modo mucho más elevado y totalmente inalcanzable para cualquier otra creatura, sucede con el amor de María, que continúa vivo en el cielo como una llama que arde ante el trono de Dios en bien de la humanidad y del universo.

Un autor aragonés del siglo XV, Paulus de Heredia, escribió estas frases sobre María: «Por la sabiduría creó Dios el cielo y la tierra, es decir, por amor de la Virgen purísima, que es la sabiduría del mundo... Mas no sólo ha sido constituido por amor de ella todo el orbe; sino que, además, de ningún modo podría mantenerse en su ser debido a nuestros pecados, si la Virgen gloriosa, llena de piedad y clemencia, no los sostuviera con su oración por nosotros. Y esta es... la razón por la que se llama vulgarmente Santa María del Pilar. Y por estas... razones es apellidada María «piedad angular», según la expresión de Zacarías». Concluye un poco más adelante este autor, dirigiéndose a Dios: «Porque sólo Tú eres Santo, que diste a María la santificación para que ella pudiera santificar al mundo. Sólo Tú Señor, que diste a María el gobierno para que pudiera regir el orbe. Sólo Tú Altísimo, que diste a María la corona, para que ella pudiera coronar el universo»⁵³.

52. FRAY LUIS DE LEÓN, *De los Nombres de Cristo*, III, *Amado*; en *Obras completas castellanas*, Madrid 1944, p. 741.

53. «Propter sapientiam creavit Deus celum et terram, hoc est, amore intemeratae Virginis, quae est sapientia mundi... Non solum autem totus orbis ejus amore constructus fuit, sed nullo pacto consistere potest ob nostras pravas operationes nisi

2. El Espíritu Santo en la vida de María

El Espíritu Santo está presente en todos los momentos de la vida de Nuestra Señora. Recogiendo los datos que sobre ella nos ofrece la divina Revelación, Pablo VI ha trenzado una apretada síntesis de esta actuación del Paráclito sobre María como nunca hasta ahora se había hecho en un documento pontificio.

He aquí sus palabras: «Fue el Espíritu Santo quien, llenando de gracia la persona de María en el primer instante de su concepción, la redimió de modo más sublime, en previsión de los méritos de Cristo, Salvador del género humano, haciéndola Inmaculada (cf. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8.dic.1854; DSch 2803). Fue el Espíritu Santo, quien, viniendo sobre Ella, le inspiró el consentimiento, en nombre del género humano, a la concepción virginal del Hijo del Altísimo e hizo fecundo su seno para que diera a luz al Salvador de su pueblo, Soberano de un reino eterno (cf. Lc 1, 31-38). Fue también el Espíritu Santo quien inflamó su ánimo de júbilo y reconocimiento, estimulándola así a entonar a Dios, su Salvador, el Cántico del *Magnificat* (cf. Lc 1, 45-55). Fue asimismo el Espíritu Santo quien sugirió a la Virgen el buen deseo de conservar en su corazón el recuerdo de las palabras y de los hechos concernientes al nacimiento e infancia de su Unigénito, en que Ella había tomado una parte tan íntima y amorosa (cf. Lc 1, 19.33.51). Fue igualmente el Espíritu Santo quien impulsó a María a solicitar amablemente de su Hijo el prodigio de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, con el que dio comienzo Jesús a su actividad taumátúrgica, provocando la fe de sus discípulos (cf. Jn 2, 11). Nuevamente fue el Espíritu Santo quien sostuvo el ánimo de la Madre de Jesús, presente al pie de la Cruz, inspirándole como en la Anunciación, el *Fiat* a la voluntad del Padre celeste, que quería que estuviera maternalmente asociada al sacrificio del Hijo para la Redención del género humano (cf. Jn 19, 25). Fue el mismo Espíritu Santo quien dilató con inmensa caridad el Corazón de la Madre Dolorosa para recoger de labios del Hijo, como su último testamento, la misión de Madre respecto de Juan, el discípulo amado (cf. Jn 19, 26-27), que prefiguraba, «según el constante sentir de la Iglesia» (León XIII, Encíc.

ipsa gloriosa virgo plena pietate et clementia pro nobis orans illum sustineret. Et haec dici potest secunda ratio cur vulgo sancta Maria del Pilar appelletur. Ex his rationibus dicitur petra primaria quam Zacharias vocavit»... «Quoniam tu solus sanctus, id est Mariae dedisti sanctificationem ut posset mundum sanctificare. Tu solus dominus, Mariae dedisti gubernationem ut orbem regeret. Tu solus altissimus, Mariae coronam tribuisti quae posset coronare universum» (PAULUS DE HEREDIA, *Corona Regia*, edic. J. POLO CARRASCO, Zaragoza 1980, pp. 225-227. 236).

Adjutricem populi, 5.sept.1895; *Acta Leonis XIII*, 15, 302) su maternidad espiritual en favor de toda la humanidad. Fue nuevamente el Espíritu Santo quien elevó a María, en alas de la más ferviente caridad, al oficio de Orante por excelencia en el Cenáculo, donde los discípulos de Jesús estaban «unidos y concordes en asidua oración, junto con algunas mujeres, especialmente con María, la Madre de Jesús» (cf. Act 1, 14), en espera del prometido Paráclito. Fue finalmente el Espíritu Santo quien encendiendo de supremo amor el alma de María peregrina sobre la tierra, hizo que deseara ardientemente reunirse con el Hijo glorioso, disponiéndola así a conseguir dignamente, como coronamiento de sus privilegios, el de la Asunción en cuerpo y alma al cielo, conforme a la definición dogmática (cf. Pío XII, Const. Apost. *Munificentissimus Deus*, 1.nov.1950; AAS 42 (1950) 768). Mas no terminó con la gloriosa Asunción la misión de María como asociada del Espíritu Santo en el misterio de la salvación. Sumergida ahora en la contemplación gozosa de la Trinidad bienaventurada, Ella sigue estando presente junto a todos los hijos de la Redención, siempre urgida en su nobilísimo oficio por el Amor Increado, alma y motor supremo del Cuerpo místico»⁵⁴.

Lo que aquí intento, como ya he indicado al comienzo del trabajo, es centrarme en el análisis de la *presencia de inhabitación* en el alma de María y, más en concreto, del influjo de los dones del Espíritu Santo en su vida.

Quizá pudiera alguien tacharme de «espiritualista» en la visión de la figura de María. Si ello fuera así, tendría que decir que, a mi entender, el planteamiento de este estudio está basado en un profundo realismo. En María no es menos real su condición sociológica de humilde aldeana de Nazaret que su condición teológica de Madre de Dios, de eficaz cooperadora de Cristo en toda la obra de la Redención y de Madre de todos los hombres. El Concilio Vaticano II nos «exhortó encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la divina palabra a evitar con cuidado lo mismo cualquier falsa exageración que cuanto implique estrechez de espíritu al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios»⁵⁵.

La realidad personal de María nunca es, si se me permite hablar así, más real y más viva, más ella misma que cuando, dentro del contexto socio-

54. PABLO VI, *Carta al Card. Suenens ocasión XIV Congreso Mariano Internacional*, 13.mayo.1975, en *L'Osservat. Romano*, 19-20.mayo.1975; en «EstMar» 41 (1977) 18-19.

55. «Theologos autem verbiq[ue] divini praecones enixe exhortatur, ut aequ[e] ab omni falsa superlatione, quemadmodum et a nimia mentis angustia, in singulari Deiparae dignitate considerata sedulo abstineant (cfr. Pío XII, Mens. radiof., 24.oct.1954: AAS 46 (1954) 679; Enc. *Ad coeli Reginam*, 11.oct.1954; AAS 46 (1954) 637)», (CONC. VATC. II, LG, n. 67).

lógico en que se desarrolla su vida, se nos manifiesta adornada de la gracia, de los privilegios singulares con que Dios la distinguió y de los dones del Espíritu Santo. Estos dones, en efecto, dan remate en María a toda la obra de la gracia con que Dios quiso dotarla para que fuera digna Madre de Dios Salvador, íntimamente asociada a su Hijo divino en la Redención de toda la humanidad. Los dones son, por parte de Dios, la acabada perfección, el adorno postrero y singular con que El, por afán de pura complacencia, quiso prepararla «como Esposa ataviada para su Esposo» (Is 61, 10). Y, por parte de la Virgen, son el culmen y filigrana de cooperación delicadísima y valiente, gracias a la cual fue la creatura santísima, la única persona creada de la que puede decirse en verdad que fue «el asiento y la morada de todas las gracias del Espíritu Santo»⁵⁶.

No creo, sin embargo, que todo esto que acabo de exponer sea suficiente para admitir en la acción del Espíritu Santo sobre María una *misión visible personal*, como ha tratado de probar algún autor⁵⁷. Pero, a la vez, es interesante advertir, como también se ha dicho, que el Papa Pablo VI al señalar que el Espíritu Santo actuó en María «en consonancia con su índole de Amor Personal» ha superado la «ley férrea de las apropiaciones»⁵⁸.

Prescindiendo de la cuestión de si la Maternidad divina de María fue de por sí formalmente santificadora del alma de María⁵⁹, lo cierto es que Nuestra Señora fue *santificada formalmente*, al menos, por la gracia habitual que ella recibió desde el primer instante de su vida, junto con las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

La gracia santificante y los dones influyeron en toda su vida, comunicándole, dentro del claroscuro de la fe, una altísima inteligencia de Dios y

56. S. EFREN, *Assem. grec.*, edic. T. Lamy (Malinas 1882-1902), III, p. 524; cit. por PABLO VI, *Carta* cit., en «EstMar» 41 (1977) 20. Este texto lo recoge también Pío XI, cuando hace un recuento de lo que han dicho los SS. PP. para poner de relieve la santidad de María: «...ac sola tota facta domicilium universarum gratiarum Sanctissimi Spiritus» (*Bula «Ineffabilis Deus»*, en H. MARIN, o. c., n. 294).

57. Tal sucede con H. M. MANTEAU-BONAMY, *La Vierge et le Saint-Esprit. Commentaire de «Lumen gentium»*, Paris 1971, pp. 12-47.

58. A. RIVERA, *El culto mariano. El Espíritu Santo y María*, en «EstMar» 41 (1977) 29. El texto de Pablo VI a que se refiere es el siguiente: «La Iglesia Católica, por lo demás, ha creído siempre que el Espíritu Santo, al intervenir *de modo personal, aunque en comunión inseparable con las otras Personas de la Santísima Trinidad*, en la obra de la salvación humana, ha asociado a Sí mismo a la humilde Virgen de Nazaret. Y así la Iglesia ha pensado que lo ha hecho *en consecuencia con su índole de Amor Personal del Padre y del Hijo*», *Carta*, cit., en «EstMar», l. c., 18. El subrayado es mío.

59. Cfr. J. A. DE ALDAMA, o. c., nn. 128-130; J. B. CAROL, *Mariología*, Madrid 1964, pp. 592-616.

de sus misterios y un ferventísimo amor a las tres Divinas Personas y a los planes salvíficos del Salvador. El Papa Juan Pablo II, que destaca con razón la penumbra de la fe en que vivió María durante toda su vida⁶⁰, subraya también el poder de la «acción de la gracia en el alma de María y lo penetrante que era en ella la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza»⁶¹.

a) *Gracia santificante, virtudes y dones del Espíritu Santo*

Es bien sabido que, por la *gracia santificante* se transforma internamente el alma haciendo al hombre hijo de Dios por adopción, miembro del Cuerpo místico de Cristo y heredero de la vida eterna. Cuando el alma recibe la gracia por primera vez, vienen a ella también las virtudes infusas. Otro de los efectos importantes de la gracia santificante es que, por ella, el alma pasa a ser posesión amorosa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que vienen a ella y en ella permanecen impulsando desde dentro actos de amor, de paz, de gozo, de fortaleza, de prudencia; en una palabra, de sumisión y amor a la voluntad de Dios. A esta presencia de Dios en el alma del justo la llamamos *inhabitación del Espíritu Santo* por atribución, ya que es propio de El todo cuanto es acabamiento y perfección última de la iniciativa salvadora del Padre y de la realización redentora del Hijo.

Cuando el alma no sólo está en gracia de Dios, sino que además va secundando los movimientos interiores del Espíritu Santo, se dice que el alma no sólo *vive en* gracia, sino que *vive de* la gracia, *de* la fe, *de* la esperanza, *de* la caridad. Todos los actos de su inteligencia y de su voluntad están como empapados de la *visión divina* de las cosas y de la orientación sobrenatural del *amor divino*. Es un ver y actuar del hombre como auténtico hijo de Dios: «Quienes son dóciles al Espíritu Santo, esos son los hijos de Dios» (Rom 8, 14).

En esta línea de actuación sobrenatural del alma, vienen, en ayuda de las virtudes, los *dones del Espíritu Santo*, que son también obra común trinitaria, asignada al Espíritu Santo por atribución, porque gracias a ellos logra el alma mayor perfección, facilidad y acabamiento en su actuación virtuosa sobrenatural.

60. JUAN PABLO II, *RM*, n. 14 y *passim*.

61. «Quam simul potens gratiae est operatio ejus in anima, quam efficiens Spiritus Sancti virtus ipsiusque lucis ac roboris» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 18; *AAS* 79 (1987) 382. Ver también nn. 13.17.20.21 y 33).

Esta parece ser, desde el punto de vista interior, la trayectoria sobrenatural a que están llamadas todas las almas; aunque no todos, por desgracia, lleguemos a alcanzar cotas tan altas. Pero en estas cimas, que admiramos en la vida de no pocos santos, vivió continuamente María de un modo perfectísimo y en continuo crecimiento. Porque su alma, llena de gracia desde el primer instante de su ser, nunca estuvo ociosa en el amor y entrega a su Dios y Señor.

La particularidad de las almas que viven las virtudes en un grado tan excelso, con la perfección que le comunican los dones, es que toda su actividad interior, su querer y su deseo, está centrado en Dios; y, por Dios y en Dios, es activísimo. No les mueve afección o apego a las criaturas sino sólo el amor de Dios. Y cuanto más elevado es el grado de amor sobrenatural que alcanzan, mayor es la actividad hacia Dios y hacia las cosas de este mundo, y más sencilla y pura de todo apego terrenal. Es éste un aspecto muy digno de tenerse en cuenta en la materia que tratamos. Sin que pretendamos analizar aquí las causas, es un hecho que muchos catalogan la vida de los Santos bajo la etiqueta de hombres o mujeres «espiritualistas» en el sentido peyorativo de esta palabra, como si su actividad estuviera totalmente al margen del servicio de los demás. Lo que pasa es que viven los problemas y afanes de este mundo desde una perspectiva divina. Les preocupan las cosas de aquí abajo, pero desde Dios y según Dios. Sufren como nadie ante las injusticias de los hombres, pero no por egoísmo o llevados de intereses bastardos, sino únicamente por Dios, que es tanto como decir por alta y profunda humanidad. Gozan, también como nadie, ante los goces dignos y ante la dicha legítima de sus hermanos, pero viendo en todo el amor de Dios para con sus hijos y correspondiendo con gratitud íntima a todos los favores divinos sobre sus semejantes. Y cuanto más elevado es el grado de amor sobrenatural que alcanzan, mayor es la actividad hacia Dios y hacia las cosas de este mundo. «Tales eran las (acciones) de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, —dice San Juan de la Cruz— la cual estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de criatura alguna, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo»⁶². Por eso el alma de Nuestra Señora, «la llena de gracia» desde el primer instante de su ser, no necesitó la purificación interior que precisan otras almas. Y Santo Tomás, en un planteamiento de mayor hondura teológica, afirma que Nuestra Señora «obtuvo tal plenitud de gracia que llegó a estar muy próxima al mismo Autor de la gracia. Hasta tal pun-

62. S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, 3, 2, 10; *Vida y obras de S. Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1950, p. 725.

to que recibió en sí al que está lleno de toda gracia; y, al darlo a luz, de algún modo hizo desbordar la gracia sobre todos»⁶³.

Y antes de pasar al estudio concreto de cada uno de los dones en la vida de María, permítaseme hacer unas indicaciones. La primera es ésta. Es dato de la psicología, cada vez más comprobado, que los *actos más simples* del alma están a veces cargados de la *máxima riqueza y complejidad*, sea cognoscitiva, sea afectiva. La intuición estética de un artista, la instantánea «ocurrencia» de un genio, la palabra «hijo» dicha por una madre que ha vivido años enteros cuidando al fruto de sus entrañas que ahora se le muere entre sus brazos... son otras tantas muestras de un sencillito acto cargado de riquísimo conocimiento o insuperable amor. Tal sucede en los actos virtuosos puestos bajo el influjo de los dones del Espíritu. Son de contextura simplicísima y, a la vez, densos y pluriformes en contenido interior. Y entre todos los Santos, el caso de la Virgen Santísima es del todo singular: su capacidad interior de conocimiento y amor fue correlativa con la plenitud de gracia de que Dios la adornó y, más en el fondo, con su altísima dignidad de Madre de Dios y su misión de «generosa cooperadora», con Cristo y bajo Cristo, en la Redención de todos los hombres.

En segundo lugar, los actos de la Virgen Nuestra Señora, mucho más que los de los más grandes santos, estuvieron *todos y cada uno* de ellos influidos por la acción septiforme del Espíritu, quiero decir de todos los dones. Esto no es óbice para que el influjo de tal o cual don resulte más manifiesto en éste o aquel otro acto. Si recogemos tal o cual acto de la vida de la Virgen y lo clasificamos dentro del influjo de un don y no de otro, no tratamos de excluir el influjo de otros dones, sino de *destacar* un aspecto sobre otros, que ciertamente podrían considerarse. Mucho menos tratamos de seccionar los distintos actos entre sí. Todos son brotes de un alma única y singular, favorecida por Dios con los más preciados tesoros sobrenaturales para que fuera digna Madre del Redentor y Madre misericordiosa de todos los hombres.

En tercer lugar, conviene recordar que, en esta vida, los dones divinos están siempre vinculados a la fe y, por más excelsos que sean, actúan dentro de los límites que la fe impone. La fe es ciertamente «visión» interior, es luz del alma para «ver» las cosas según Dios. Pero entre esta *visión de la fe* y la *visión «cara a cara»* de Dios en el cielo hay una gran diferencia. La

63. «Sed Beata Virgo Maria tantam gratiae obtinuit plenitudinem ut esset propinquissima auctori gratiae; ita quod eum qui est plenus omni gratia, in se reciperet; et, eum pariendo, quodammodo gratiam ad omnes derivaret» (*STh*, III, q. 27, a. 5, ad 1).

fe nos permite «ver», pero siempre media el velo de un claroscuro divino. Gracias a la fe, tenemos luz suficiente para que nuestra aceptación de Dios sea «razonable» y nuestra entrega a El y a sus planes de salvación sea generosa. Pero lo que se nos presenta nunca resulta tan evidente como que dos y dos son cuatro. Por eso nuestras decisiones tomadas en fe son meritorias. En el cielo, en cambio, no habrá fe, ni por tanto sombra alguna ni claroscuros. Se dará la visión plena, la claridad total. Esta clase de visión absoluta no se da en la tierra. Aquí vemos creyendo y, cuanto más creemos, más vemos. Pero siempre envuelto el objeto por el velo de la fe. Claro que la fe tampoco tiene nada que ver con la duda o con el sentimiento de inseguridad teologal. La fe que no se vive en certidumbre no es fe auténtica. Pero esta certeza interior está basada no en la *evidencia intrínseca de las cosas* que Dios nos comunica, sino en la *evidencia extrínseca*, es decir, en el *testimonio de Dios* sobre esas cosas de que El nos habla. Pues bien, en esa «peregrinación de la fe», con una entrega constante y cada vez más honda, vivió María. Y los dones del Espíritu no eliminaron en Ella el estado de fe, aunque lo enriquecieron de un modo excelente.

Advierto también que cuando hablo de los «siete» dones, no intento darle al número otra significación que la que se le da comúnmente en Teología. Es admitido por todos que el número «siete» de los dones, usado ampliamente por los Santos Padres y por la Sagrada Liturgia, bien pudiera significar no tanto un número determinado cuanto la *plenitud* de los dones del Espíritu⁶⁴.

Deseo añadir finalmente que no trato de hacer aquí una exposición completa sobre la doctrina de los dones, sino destacar tan sólo algunos aspectos que afectan más directamente al tema escogido.

b) *El don de entendimiento*

El don de entendimiento perfecciona la virtud de la fe en cuanto adhesión intelectual a Dios y a cuanto El nos ha revelado y comprende «no sólo aquello que pertenece a la fe, sino también todas aquellas cosas que a la fe se ordenan»⁶⁵. La virtud de la fe es asentimiento a la verdad revelada. El don de entendimiento es, además, penetración íntima en el misterio

64. Cfr. M. M. PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Barcelona 1966, pp. 142-144.

65. «Donum intellectus non solum se habet ad ea quae primo et principaliter cadunt sub fide, sed etiam ad omnia quae ad fidem ordinantur» (*STh*, II-II, q. 8, a. 3, c).

de las verdades sobrenaturales, de las cuales se «percibe su sentido así como el puesto que a cada una le corresponde en la síntesis de los misterios cristianos»⁶⁶. Gracias al don de entendimiento, el alma se recrea intuyendo, siempre a través de la fe, en primer término a Dios en la infinitud de sus perfecciones y en los abismos de la Trinidad Santísima; luego, a esta luz suprema, todos los atributos divinos, comunes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. No obstante, «el misterio de la Trinidad es el objeto privilegiado de los dones intelectuales superiores: el don de inteligencia, para penetrarlo con mirada profunda y del don de sabiduría para saborearlo en una experiencia de amor y juzgarlo todo a esta suprema luz»⁶⁷.

El alma ve «bajo los accidentes, la naturaleza sustancial de las cosas, bajo las palabras su íntimo significado, bajo las semejanzas y figuras la verdad representada que allí se esconde»⁶⁸. Y así, el alma adquiere un sentido profundamente sobrenatural, el sentido de Cristo (1 Cor 2, 16), que eleva más y más su mirada interior y le da una notable claridad, siempre con el velo de la fe, de todo lo divino. E incluso de todas aquellas verdades humanas que están en conexión de alguna manera con la divina Revelación. Porque —como está dicho— a todo ello se extiende también el don de entendimiento.

Es un don primariamente contemplativo, pero esta contemplación se torna inmediatamente activa⁶⁹: el alma descubre la grandeza de su vocación sobrenatural y de su destino eterno en Cristo Jesús y queda como empapada de un *sentido singular de lo divino*, a cuya luz percibe que toda tarea, incluso la más insignificante, puede convertirse en sublime y divina por el amor a Dios que en ella se ponga.

Es un don mediante el cual el alma lo penetra todo. Precisamente por ello, es como el foco y motor de los otros dones. Y no está en proporción directa con el grado de inteligencia natural sino con el nivel de limpieza interior. Por eso se relaciona con la *bienaventuranza* de los «limpios de corazón, que verán a Dios» (M 5, 8)⁷⁰.

66. M. M. PHILIPON, *o. c.*, p. 193.

67. *Ibid.*

68. «Nam sub accidentibus latet natura rerum substantialis, sub verbis latent significata verborum, sub similitudinibus et figuris latet veritas figurata» (*STh*, II-II, q. 8, a. 1, c).

69. «Donum intellectus etiam ad quaedam operabilia se extendit... in quantum in agendis regulamur rationibus aeternis, quibus conspiciendis et consulendis... inhaeret superior ratio, quae dono intellectus perficitur» (*STh*, II-II, q. 8, a. 3, in c).

70. STO. TOMÁS, *l. c.*, a. 7; también CH. JOURNET, *Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz*, Madrid, Rialp, 1976, p. 225).

Por ello estas almas, en la orientación de su vida, rehuyen lo inauténtico, lo superficial y postizo. Y, en cambio, calan enseguida dónde está la virtud y la grandeza de lo divino. Porque ven «a lo Dios», piensan «a lo Dios» y actúan también «a lo Dios», de una forma sobrehumana y trascendente.

El alma de María estuvo siempre iluminada por el don de entendimiento más que la de cualquier otra creatura, exceptuada siempre la naturaleza humana de Cristo. Pensemos en la penetración de las «cosas de Dios» y de los designios divinos sobre ella que supone, por ejemplo, la ofrenda de su virginidad a Dios, siendo todavía muy joven y en un ambiente —totalmente lícito— que era contrario a esta manera de pensar y de proceder. O en la entrega sencilla a los quehaceres caseros más humildes, consciente de que, con aquellas silenciosas e ignoradas tareas hechas con todo su amor, estaba ofreciendo a Dios la máxima alabanza y corredimiendo con Cristo al mundo. Como dijo de ella Sor Isabel de la Trinidad: «Las cosas más vulgares estaban divinizadas por ella»⁷¹.

La mirada de María penetró, como la de ningún otro Santo del Antiguo y del Nuevo Testamento en la intención divina de las Escrituras. Por eso, cuando oye al Ángel que la saluda de forma tan excelsa, «Jaire» = «Alégrate»..., María sabe que el anuncio es estrictamente mesiánico, porque le está diciendo el Ángel las mismas palabras que estaban en los profetas Sofonías y Zacarías: «Alégrate, salta de júbilo, Hija de Sión, que *tu Rey viene* a ti (Zac 9, 9)... que Yahvé *tu Dios está en tí*» (Sof 3, 14.17). En la Anunciación es iluminada María acerca del misterio de la Santísima Trinidad, enterándose ya entonces de que el Mesías, su Hijo, es a la vez su Dios⁷². Y María comprende inmediatamente que la verdadera grandeza consiste, una vez más, en ponerse totalmente a disposición de Dios. Y pronuncia decididamente el «Fiat»... «¡Hágase en mi según tu palabra!». Con lo cual, entra Dios en la historia humana de un modo nuevo y se inaugura la «plenitud de los tiempos»⁷³.

71. M. M. PHILIPON, *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, Bilbao 1975, pág. 213.

72. Después de un detenido análisis del texto de Luc 1, 28-35, concluye de esta forma R. LAURENTIN: «En resumen, los datos de Lucas en favor del conocimiento de la divinidad de Jesús por parte de la Virgen desde el día de la Anunciación son consistentes. Por una parte, los términos del Mensaje (que implican la identificación de Jesús con Jahvé); por otra, los medios de comprensión que el autor otorga a María: información escriturística, reflexión, gracia. Muy difícil es, para quien no reduzca la inspiración a una palabra vacía, eludir la conclusión. ¿Cómo hacerlo sin alterar los datos muy importantes y, a mi juicio, esenciales al propósito de Luc I-II», *Structure et Théologie de Luc I-II*, Paris 1957, pp. 167-168.

73. CONC. VATIC. II, LG, n. 55.

A pesar de todo, hay momentos en que María no entiende lo que el Señor ha dicho o hecho. Tal sucedió con ella y con S. José cuando encontraron al Niño en el templo entre los doctores. El Evangelio dice que «no comprendieron la respuesta que les dió» (Lc 2, 50). Pero es interesante advertir que, aún en esas situaciones, ella *intuye*, sin duda por don del Espíritu que, debajo de las palabras oídas y no entendidas, *hay un significado divino* que ella *de repente no ha podido comprender*. Por eso, ella «conservaba todas las cosas cuidadosamente en su corazón» (Lc 2, 59), «para ponderarlas» (Lc 2, 19).

Quizás uno de los pasajes en que el Evangelio nos muestra con mayor claridad la sintonía que existió entre María y su Hijo divino sea el de las bodas de Caná. Jesús contesta a su Madre de una forma que expresa, al menos en la literalidad de los términos, la razón por la que no puede acceder a su petición: «Mujer..., aún no ha llegado mi hora» (Jn 2, 4). Sin embargo María les dice a los sirvientes: «Haced lo que el os diga» (Jn 2, 5), segura de que el Señor ha escuchado su petición aunque no sepa ciertamente en qué forma va a resolver Cristo el problema. Comenta Juan Pablo II: «¡Qué entendimiento profundo se ha dado entre Jesús y su Madre! ¿Cómo explorar el misterio de su íntima unión espiritual?»⁷⁴.

Y es que a las almas que visita el Espíritu Santo con el don de entendimiento, máxime en el grado que lo hizo en María, Dios mismo les pone en el corazón y en las palabras lo que han de pedir. Y por eso sus oraciones son siempre eficaces. La petición de María no podía ser inoportuna, mucho menos imprudente. Jesús quería hacer lo que iba a hacer, pero lo quería realizar a petición de María, su Madre. Y la respuesta de Cristo «aún no ha llegado mi hora» significa algo más profundo de lo que aparenta. Cristo sabe como Dios, desde toda la eternidad, que en Caná hará su primer milagro, que allí se «adelantarán» su hora a petición de María. Pero Jesús quiere que quede en el Evangelio un testimonio claro de la confianza plena que María tiene de que su petición ha sido atendida. Sobre todo, Jesús quiere decir: Tu petición, Mujer, no te la ha revelado ni la carne ni la sangre sino mi Padre que está en los Cielos y es tan grande tu amor que, *por tu petición*, he determinado «adelantar» mi hora. Dicho de otra forma, desde toda la eternidad he decidido que este «adelanto» vaya vinculado a tu oración, que es lo más querido que puede llegar hasta Mí desde la creatura.

74. «Quae intima fuit inter Jesum matremque ipsius consensio? Quomodo explorari potest eorum mysterium intimae conjunctionis spiritualis?» (JUAN PABLO II, RM, n. 21; AAS 79 (1987) 388).

La fe y la penetración de María en los misterios de Dios por el don de entendimiento fue creciendo en ella. Y, sobre todo a partir de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, María llegó a ser el alma más luminosa, después de la de Cristo, en todo el orden creado.

María conoció como nadie, en todo momento, el misterio de Cristo y de la Redención, los planes de Dios sobre ella misma, sobre la Iglesia, sobre la humanidad. Pero no como pueden conocerse los planes de una construcción secreta con todos sus recovecos. Los conoció como presencia divina que va invitando de continuo a una entrega más total para que se realice, hasta en sus últimos detalles, cuando Dios tiene dispuesto. Por eso, todos los actos de su vida pudieron estar al servicio de los designios divinos. Toda su vida fue un «fiat» de amor. Ninguna creatura pudo amar nunca tan humanamente al hombre, como él necesita, como lo hizo y continúa haciéndolo María. No sólo porque ella es nuestra Madre en el orden de la gracia. También, porque ella, íntimamente unida a Cristo, conoció mejor que nadie lo que Dios quiere de los hombres y amó como nadie la voluntad del Padre.

c) *El don de ciencia*

Así como el don de inteligencia ayuda a la fe a captar con mayor profundidad los misterios de Dios, «el don de ciencia amplía más aún esa mirada de la fe», haciendo comprender el *sentido de las cosas creadas en orden al fin sobrenatural* en el engranaje actual de la Providencia.

Por el don de ciencia el alma percibe, por una parte, que las realidades creadas son «huellas de Dios» (*vestigia Dei*) y, por tanto, «camino para ir a Dios» (*vestigia ad Deum*). Comprende así el hombre, por influjo directo del Espíritu Santo, la omnipotencia, la sabiduría y la hermosura del Creador. Todo le habla de Dios y todo le lleva a Dios. El hombre así iluminado canta la gloria de Dios, «el único que hace grandes maravillas, porque es eterna su misericordia» (Ps 136, 4). Le hablan de la grandeza y providencia de Dios los lirios del campo (Mt 6, 28) y las aves del cielo (Mt 6, 26), las aguas, el sol, la luna y todos los astros, las lluvias y el rocío, el fuego y el calor, los fríos y heladas... (cf. Dan 3, 52-90). Todo es hechura de su Dios y Señor, todo es obra de sus manos.

El alma capta también que las creaturas pueden ser, y de hecho son muchas veces, ocasión de pecado. No es que ellas sean pecado o lo causen. Se trata de la debilidad del hombre que, en vez de subir por las cosas a

su Creador, se detiene en ellas como si fueran su último fin. Y aquí está el pecado. El Señor nos puso en guardia contra esta tentación: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mt 16, 26). La trágica situación de tantas almas que se aferran a las creaturas, olvidando al Creador, infunde en los hombres dotados del don de ciencia el dolor, el sufrimiento, las lágrimas reparadoras⁷⁵.

Es oportuno, a este propósito, recordar, como hace el Cardenal Journet⁷⁶ que «no todos los sufrimientos son benditos», que «no todas las lágrimas son santas». Hay dolores que son una rebelión contra Dios o sus leyes. Son lágrimas que constituyen un pecado, lágrimas que, lejos de unir a Dios, nos apartan de El.

Hay otras lágrimas que sí son agradables a Dios: son las lágrimas y dolores por nuestros propios pecados. Es el pesar de haber ofendido a quien tanto nos ama. Muchas veces los sufrimientos vienen del exterior, pero el alma los asume tan de buen grado por los pecados y desvaríos propios, que ya no ansía volver a la situación de vida anterior. «Al don de ciencia —dice Sto. Tomás— responde en primer término el dolor por los errores pasados; consecuentemente, también el consuelo, cuando el hombre por el recto juicio del don de ciencia ordena las creaturas al bien divino»⁷⁷.

Hay otros dolores y sufrimientos más perfectos todavía. «No provienen de fuera. Nacen espontáneamente de las profundidades del don de ciencia. El don de ciencia les hace sentir a las almas la locura de una creación fascinada por el pecado y huyendo del Amor que la busca»⁷⁸. Y esto les produce tan intenso dolor que les hace llorar. Estos llantos tienen su íntima conexión con la *bienaventuranza de las lágrimas*: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados» (Mt 5, 5). «Dichosas estas almas —dice el Card. Journet—, a quienes deja una incurable herida el saber cuánto le falta al mundo, a la vida, al arte para poder llenar jamás un corazón bautizado. Almas, de cuyos ojos brotan las lágrimas más puras. Son lágrimas que unen al Salvador»⁷⁹.

María, a imitación de lo que seguramente haría tantas veces Jesucristo los últimos quince años de su vida oculta, contempló gozosamente la Crea-

75. Cfr. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, pp. 207-213. Cfr. STO. TOMÁS, *STh*, II-II, q. 9, a. 4, in c.

76. CH. JOURNET, *Las Siete Palabras...*, pp. 83-86.

77. «Dono autem scientiae respondet quidem primo luctus de praeteritis erratis; et consequenter consolatio, dum homo per rectum iudicium scientiae creaturas ordinat in bonum divinum» (*STh*, II-II, q. 9, a. 4, ad 1).

78. CH. JOURNET, *o. c.*, p. 85.

79. *Ibid.*

ción. Los campos, el agua clara, las montañas, el sol, las noches estrelladas, el aire limpio, las flores... le hablarían de Dios mucho más vivamente a María que a tantos Santos, que contemplando la naturaleza percibían, sobre todo, la hermosura y grandeza divina que irradian las cosas creadas. La armonía interior de Ntra. Señora, su sensibilidad y delicadeza disponían su alma de modo singular para todo goce limpio y elevado. También de María puede decirse lo que Fray Luis de León escribió hablando de Cristo: «Vive en los campos Cristo y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida tiene puesto él su deleite»⁸⁰.

Y junto al gozo más puro, el dolor más punzante al ver cómo se usa con frecuencia la naturaleza no para alabar sino para ofender al Creador. ¿Conoció María nuestros pecados? No hay razón alguna para afirmarlo. Ella no tuvo el conocimiento que poseyó Cristo, que, en cuanto Dios, vio todo lo que pasó antes que El, todo lo que sucedió luego y lo que acontecerá hasta el fin de los tiempos. Lo que sí es indudable es que nuestros pecados hirieron el corazón de María. Y ella, íntimamente asociada al dolor redentor de Cristo, «padeció con su Hijo cuando El moría en la cruz, cooperando en forma del todo singular en la restauración de la vida sobrenatural de las almas»⁸¹. Allí, junto a la cruz, «ella, no sin un designio divino, se mantuvo de pie (Jn 19, 25)»⁸² como la auténtica Mujer fuerte, cuyas alabanzas canta la Escritura (Prov 31, 10-31). Allí se cumplieron hasta lo impensable las palabras que le había dicho Simeón: «Y a tí una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 35). Con razón el Papa Juan Pablo II, hablando de María junto a la cruz, prorrumpe en esta exclamación, ya citada: «¡Cuán poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuán penetra la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!»⁸³. Es tan grande, tan incontenible y vivo el amor de María al pie de la cruz que «extiende el radio de acción y se dilata... remontándose *hasta el comienzo* de la historia y, como participación en el sacrificio de Cristo, nuevo Adán, en cierto sentido se convierte en el *contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad* contenidas en el pecado de nuestros primeros padres»⁸⁴ y en los de todos los hombres.

80. FR. LUIS DE LEÓN, *De los Nombres de Cristo*, I, Pastor; en o. c., p. 450.

81. CONC. VATIC. II, LG, n. 61.

82. L. G., n. 58.

83. Cfr. nota 61.

84. «E Cruce, hoc est ex intima maxime ipsa redemptionis mysterii parte, radius dimittitur, dilataturque prospectus benedictionis ejusdem fidei. «Jam inde ab initio»... fit aliquo *modo contrarium momentum sive pondus illius inoboedientiae atque incredulitatis*, quam protoparentum prae se fert peccatum» (JUAN PABLO II, RM, n. 19; AAS 79 (1987) 383).

Gracias al don de ciencia, la Sma. Virgen —mucho más plenamente que María, la hermana de Marta y Lázaro— «eligió la mejor parte» (Lc 10, 42) y nos enseña a nosotros a hacer lo mismo en la vida. Dice con hondura el Siervo de Dios Mons. Escrivá de Balaguer: «Madre de la ciencia es María, porque con ella se aprende la lección que más importa: que nada vale la pena, si no estamos junto al Señor; que de nada sirven todas las maravillas de la tierra, todas las ambiciones colmadas, si en nuestro pecho no arde la llama de amor vivo, la luz de la santa esperanza, que es un anticipo del amor interminable en nuestra definitiva Patria»⁸⁵.

María conoció como nadie el tremendo sinsentido del pecado, porque nadie como ella llegó a penetrar en la grandeza, la sabiduría y la misericordia de Dios. No necesitó experimentar en sí misma el pecado, para saber mejor que nadie qué puede ser la separación o la indiferencia ante un Dios que ama infinitamente a los hombres. Conoció como nadie la perfidia de los enemigos de Cristo y la debilidad y cobardía de sus amigos. Pero, a semejanza de El, supo acoger con singular delicadeza maternal la «vuelta» de la Magdalena, de Pedro, del Buen Ladrón, de tantos y tantas a lo largo de la historia de la humanidad. Nadie como ella es el «Refugio de los pecadores» y la «Reparadora de nuestra salvación».

d) *El don de sabiduría*

Con el don de sabiduría estamos en la cima de la vida espiritual. Este don perfecciona la virtud de la fe, pero, sobre todo, la virtud de la caridad.

Así como el don de entendimiento lleva a profundizar en los misterios divinos, el de sabiduría otorga una *experiencia interior*, un conocimiento «por connaturalidad de lo divino»⁸⁶. Es el ver y disfrutar interiormente de la visión de todas las cosas desde las alturas de Dios. El alma que vive de la fe y de la caridad y es influida por el don de sabiduría llega a la Trinidad por experiencia interior, espiritual, de su presencia. Y desde ahí ve hacia abajo todas las cosas. Téngase en cuenta que aquí, a diferencia de lo que sucede con lo que corrientemente se llama «sabiduría filosófica» —esa sublime mirada que lo contempla todo desde Dios en cuanto causa Primera de todo lo creado, conseguida por *pura razón natural*— y a diferencia de la «sa-

85. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1977, n. 278.

86. STO. TOMÁS: «Sapientia quae est donum Spiritus Sancti facit rectitudinem iudicii circa res divinas, vel per regulas divinas de aliis, ex quadam connaturalitate sive unione ad divina», *STh*, II-II, q. 45, a. 4, in c.

biduría teológica» —que es ya fruto de la razón creyente, cima de todas las ciencias y saber supremo científico de todas las cosas desde Dios Uno y Trino—, aquí, en la «sabiduría mística», fruto de la fe y de la caridad perfeccionadas por el don de sabiduría, no procede el alma por vía de conceptualización, aunque los conceptos no estén ausentes nunca, ni por vía de conocimiento sino «por experiencia de las cosas divinas y por vía de amor». Es una sabiduría sabrosa, experimental, incomparablemente superior, no sólo a la sabiduría filosófica sino también a la sabiduría teológica. «Es la sabiduría de los Santos»⁸⁷.

«El origen de esta sabiduría mística es todo divino. Las claridades de sus noches, a la vez oscuras y traslúcidas, le vienen directamente de Dios, que cuida del temperamento, de las aptitudes, de la educación, de las tendencias somáticas y psíquicas del sujeto humano. De ahí las mil variaciones de las mociones del Espíritu Santo en el alma de los místicos»⁸⁸.

El don de sabiduría es don contemplativo, que a través de la *experiencia de Dios*, lleva al alma a considerarlo como el Bien sumo y el Ser más digno de amor, frente al cual todas las criaturas no pasan de ser sino pobres participaciones de esta infinita Bondad. Pero, a la vez, lleva consigo una suma actividad: el alma todo lo ordena de acuerdo con esta «experiencia» divina que ha alcanzado. Todo viene de Dios y todo debe ir a Dios. El místico todo lo ve a la luz de la Trinidad Santa. Toda obra, toda tarea y quehacer, aún el más insignificante, es juzgado a esta luz potente y amorosa con que Dios inunda el alma. Dios no «resulta lejano», sino íntimo, como «inviscerado» en el fondo del ser.

Por eso, el don de sabiduría se relaciona con la *bienaventuranza de los pacíficos*: «Bienaventurados los pacíficos —es decir, los hacedores de la paz divina— porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). Esta paz divina es el orden de todas las cosas según el plan amoroso de Dios. Los «pacíficos» son los que por doquiera, en cualquier circunstancia, con cualquier persona, en medio de cualquier tribulación o estado de vida, van dejando algo de la paz de Dios⁸⁹.

La Sagrada Escritura está llena de la Sabiduría de Dios. Pero, si en muchas de sus páginas encontramos ejemplos del don de sabiduría, acaso «la expresión más elevada del Espíritu de sabiduría en la Revelación divina sea

87. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, pp. 230-231.

88. *Ibid.*

89. «Pacifici autem dicuntur quasi pacem facientes, sive in seipsis sive etiam in aliis» (*STh*, II-II, q. 45, a. 6, in c).

el cántico del «Magnificat», después de la oración sacerdotal de Jesús»⁹⁰ y el «Todo está concluido» del mismo Cristo en la Cruz⁹¹.

Los santos y místicos se han detenido a contemplar a María yendo camino de la casa de Isabel, en las montañas de Hebrón, cuando acababa de recibir la salutación del Angel y había dado su «fiat» encendido. María es iluminada como ninguna otra persona creada por el don de sabiduría. Todo en ella es luz y amor. Todo, experiencia amorosa de los planes insondables de su Dios y Señor. Ella, la Madre del Mesías, del Dios de Israel. Se cumple, por fin, la promesa hecha antaño a Israel en la persona de Abraham y los Santos Patriarcas. Ahora, sí que cabe alegrarse y saltar de júbilo. Y además, resulta que ella, la pobre y humilde esclava del Señor, ha sido íntimamente unida a los planes de Redención de su Hijo divino. Ella es la elegida, la predilecta de Dios. Dios es el gran Hacedor de maravillas. Todo es obra del Todopoderoso, que ya lleva en su seno. Y el corazón de María desborda de gozo, alabando a Dios. La altísima contemplación de María no le impide seguir caminando hacia Ain-Karin, donde va a cumplir unos deberes de caridad con su prima Isabel. Al contrario, corren más sus pies por el amor que los breves y ligeros del jumento que le lleva. Llegada a la casa de Isabel e iniciado el saludo entre ambas, a María ya no le sorprende nada. Ni que el niño de Isabel dé saltos de alegría en su seno, ni aquellas palabras tan altas que por primera vez oye María de labios humanos: «¡Bendita más que todas las mujeres»... «Madre de mi Señor»... «Feliz la que ha creído!», que dice Isabel movida por el Espíritu Santo (Lc 1, 41-44). Y el alma de María, transfigurada, canta las grandezas del Señor:

Mi alma confiesa la grandeza del Señor. Mi gozo no es otro que Dios, mi Salvador. Todo es de El, todo viene de El. Es El el único que llena las almas. Mucho más las que nada son. Porque yo no soy más que su esclava y El se dignó poner sus ojos en mí. El es quien me ha levantado y me ha hecho Madre de su Hijo. El es quien ha determinado desde toda la eternidad que, por ser la Madre de mi Señor y mi Dios y, por ello, de todos los hombres, me llamen «feliz y bienaventurada» todas las generaciones hasta el fin de los siglos. ¡Todas las generaciones! Porque la salvación de Dios vendrá siempre y en todo momento a través de mi persona. Pero no es cosa mía. Es providencia de Dios. El es quien hace cuanto quiere. El, cuyo nombre es *El Santo*, cuya misericordia permanece siempre dispuesta a salvar a cuantos le aceptan. Qué maravillas ha hecho Dios: desplegando la fuerza de su brazo omnipotente, apartó lejos a los soberbios de corazón, derribó a cuan-

90. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, p. 374.

91. CH. JOURNET, *Las Siete Palabras...*, p. 206.

tos se creían algo frente a El. En cambio levantó a los humildes, a los pequeñuelos, a los de corazón sencillo y limpio. A las almas hambrientas de Dios, las llenó de bienes (Ps 206, 10). A los sedientos, el Señor les condujo a los manantiales de agua fresca (Is 49, 10) y El mismo les dará un agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14). Les dará su Espíritu y de su seno correrán ríos de agua viva (Jn 7, 37-39). A los pobres los enriqueció, a los ricos los despidió con las manos vacías. En una palabra, Dios, el Poderoso, el Santo, el Fiel, cuya misericordia es invariable, ha acogido definitivamente a Israel y le trae la salvación. Cumple sus designios de salvación y liberación para bien de toda la humanidad por los siglos de los siglos.

Lo que en el momento de la Anunciación se ocultaba en la humildad de su fe «ahora se manifiesta como una llama del espíritu clara y vivificante. Las palabras de María... expresan la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios..., su experiencia personal, el éxtasis de su corazón, ...el gozo de su espíritu, difícil de expresar»⁹².

María, llena de Dios, se siente libre. Nada la ata. Porque Dios, lejos de ser atadura, es impulso y aliento vivificador. Nada posee y por nada es poseída. Vive desligada de toda creatura que la aparte de Dios o la detenga en su caminar de fe y amor hacia El. «María está profundamente impregnada del espíritu de los 'pobres de Yahvé', que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su Salvación, poniendo en El toda su confianza (cfr. Ps 25; 35; 55)... Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe» y de su amor ardiente, «María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos»⁹³.

María ve todo realizado en Aquél que lleva en su seno. Con palabras del Antiguo Testamento, que se explicitarán en la Escritura del Nuevo, can-

92. «Id quod in ipsa annuntiatione latebat in profundo «oboeditionis fidei» (cfr. Rom 1, 5), nunc ut nitidum, vivificantem spiritus ardorem exprimi dixeris. Verba a Maria... prolata, incitata sunt *professio hujusce fidei ejus*, qua *responsio data* verbis revelationis significatur, eo quod animo religioso et poetico cum toto, quod est ipsa, ad Deum levatur..., perlucet personalis Mariae experientia..., gaudium spiritus ejus ostenditur, quod verbis difficile redditur» (JUAN PABLO II, RM, n. 36; AAS 79 (1987) 408).

93. «Maria spiritu «pauperum Jahvé» penitus est imbuta, qui secundum preces Psalmorum a Deo exspectabant salutem, omnem fiduciam in eo ponentes (cfr. Ps 25; 31; 35; 55)... 'Maria, Deo ex toto obnoxia in eumque prorsus inclinata fidei suae ardore, est, una cum Filio suo, imago perfectissima libertatis [et liberationis] humani generis et universi' » (*Ibid.*, n. 37; AAS 79 (1987) 410). Pongo entre corchetes las palabras *et liberationis* porque no están en el lugar citado de AAS correspondiente al texto de la RM, aunque sí pertenecen al texto del documento que ahí cita la Encíclica, cfr. S. CONGREG. PRO DOCTR. FIDEI, *Instructio «Libertatis conscientia»*, 22.marzo.1986, n. 97; AAS 79 (1987) 597.

ta la soberanía amorosa y salvífica de Dios en Cristo Señor. Y es consciente de que, según los planes divinos, la salvación de los hombres pasa por ella. Y ansía vivamente que todos vayan a ella porque eso dispuso el Señor. No para detenerse en ella, sino para seguir caminando, de su mano, hasta el Corazón abierto de Cristo, Fuente de la Salvación: «Y levantarán los ojos a Aquél a quien traspasaron» (Jn 19, 37).

e) *El don de consejo*

El don de consejo perfecciona la virtud de la prudencia, que, una vez sopesados los medios que conducen al fin, se decide con firmeza a llevarlos a la práctica. «La prudencia —dice el Doctor Angélico—, que implica rectitud de la razón, es perfeccionada y ayudada de modo excelente en la medida en que es regulada y movida por el Espíritu Santo. Y esto pertenece al don de consejo»⁹⁴.

No es prudencia esa actitud tan corriente por desgracia que consiste en pasar el tiempo sopesando indefinidamente los pros y contras sin decidirse a actuar. Aunque algunos a esto lo llamen prudencia, en realidad no lo es. La prudencia virtud es eminentemente realizadora, una vez que se han visto con claridad los medios aptos para conseguir el fin que se debe alcanzar. «El contemporizador es también todo lo contrario del hombre prudente, que debe saber ser audaz cuando hace falta, actuar con rapidez desde el momento en que se posee luz sobre los móviles de la acción y los procedimientos eficaces de realización. Muchas veces, la ocasión perdida no vuelve»⁹⁵.

La prudencia abarca todo el campo de la acción, lo mismo por lo que se refiere a uno mismo que a los demás. El don de consejo hace que, en vez de proceder el hombre de una forma reflexiva, se simplifique todo, gracias a la especial iluminación del Espíritu Santo. Estando presente en el alma, dirige El mismo las acciones de ella haciéndola pronta a todas las iniciativas divinas. De ahí que el alma ha de procurar mantenerse atenta a las inspiraciones de Dios, pues por ellas se gobernará a sí misma de un modo eficaz y perfectísimo, de una forma divina. Los santos actúan por sí mismos, pero como al dictado de Dios, que toma la iniciativa en todo momento para conducir siempre al alma por el camino más adecuado.

94. «Prudentia, quae importat rectitudinem rationis, maxime perficitur et juvatur secundum quod regulatur et movetur a Spiritu Sancto. Quod pertinet ad donum consilii» (*STh*, II-II, q. 52, a. 2, in c).

95. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, p. 278.

Es tan amplio su campo de acción como amplia puede ser la Voluntad de Dios, y hace descender al detalle más insignificante de la vida las luces más altas de Dios.

Este don se ha relacionado con la *bienaventuranza de los misericordiosos*: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7). El don de consejo no realiza, es decir, no es la causa eficiente de los actos misericordiosos, pues el acto elícito de la misericordia corresponde propiamente al don de piedad; pero sí los inspira y dirige, puesto que se refiere a cuanto es útil para conseguir el fin, y nada resulta tan útil como la misericordia⁹⁶.

La misericordia, en efecto, es la virtud de los perfectos, de aquellos que, apoyados en Dios, ven cada día con mayor claridad la miseria de la condición humana. El que está bajo el influjo del don de consejo va realizando, sin titubeos ni demoras, el plan salvífico divino, que es el compendio de la misericordia de Dios y la expresión más alta del gobierno divino del mundo. Los dotados del don de consejo saben estar «con Dios» allí donde deben estar por razones de estado o de profesión. Y siempre con el corazón abierto a los demás para ayudarles sin «pasar recibo» por nada. Saben conducirse a sí mismos y no tienen inconveniente en dejar que los demás se apoyen en su aparente debilidad. Son los que perdonan, los que parecen no tener otra ilusión que la de perdonar al prójimo, los que se las ingenian para perdonar. Son los que realizan esos actos magnánimos, puros, sin egoísmo ni amor propio, en todo transidos del amor de Dios⁹⁷.

En María nuestra Madre vemos el influjo del don de consejo en múltiples ocasiones de su vida. Los designios amorosos de Dios parecían jugar con su vida: primero, ofrece a Dios su virginidad; luego, Dios la llama al matrimonio y a un matrimonio virginal; más tarde, el ángel le anuncia que los planes de Dios se concretan en que sea madre. Ella siempre va derecha a cumplir la voluntad de su Dios. Sabe que ahí, y sólo ahí, está la salvación. Y cuando no sabe por qué camino ir, pregunta: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?» (Lc 1, 34). Interrogante que, según el sentir de los Padres, está formulado por María con la más abierta disposición a secundar una vez más el querer divino, sea cual fuere.

María vive la mayor parte de su existencia terrena en el retiro de Nazaret, pero cuando ve que su presencia es necesaria junto a su prima Sta.

96. «Consilium proprie est de his quae sunt utilia ad finem. Unde ea quae sunt maxime utilia ad finem maxime debent correspondere dono consilii. Hoc autem est misericordia. Et ideo specialiter dono consilii respondet beatitudo misericordiae, non sicut elicienti, sed sicut dirigenti» (*STh, II-II, q. 52, a. 4, in c.*)

97. Cfr. CH. JOURNET, *Las Siete Palabras...*, p. 64.

Isabel, sabe ir «con prontitud» (Lc 1, 39) para estar a su lado. A pesar de que está próxima a dar a luz, va a Belén para cumplir un mandato civil. Sabe mostrar a su Hijo recién nacido con una ternura singular y con un intenso afán de misericordia lo mismo a los pastores que a los magos, consciente de que la salvación de aquellos hombres está dependiendo en buena parte de la postura que tomen ante Él. María vivió entregada a los menesteres más humildes de una madre de familia, siempre cuidadosa y atenta, siempre discreta y hacendosa. Y, en Caná, supo darse cuenta antes que nadie de que los nuevos esposos podían encontrarse en una situación apurada si llegaba a faltar el vino. Ocupa en el santo Evangelio un lugar discreto, lo mismo que en la vida pública de Jesús. Cuando una mujer, escuchando al Hijo, intuye la grandeza de la Madre y la alaba públicamente, María sabe que lo más grande es, como dijo el Señor, «escuchar la palabra de Dios y ponerla por obra» (Lc 11, 28).

María está al pie de la cruz, acompañada de otras santas mujeres. Allí la quiere el Señor para entregarla al mundo como Madre. Pero, a diferencia de lo que hacen ellas, no va al sepulcro la mañana del domingo, porque en su corazón se mantiene viva la fe en las palabras de su Hijo: «Y al tercer día resucitaré» (Mc 10, 34).

María es el apoyo en que pueden hacer pie los apóstoles y discípulos cuando Jesús ha ascendido al cielo. Y con ellos está «en oración perseverante» pidiendo la venida del Espíritu Santo (Act 1, 14). Así continúa ahora desde el cielo protegiendo a la Iglesia en sus múltiples dificultades. Con toda razón Pablo VI llamó a María «nuestra amabilísima consejera»⁹⁸.

Su corazón está abierto para todos los que acuden a ella. Es el dechado más delicado y suave de la misericordia infinita de su Hijo y Señor. Ella es la «Virgen prudente», la «Madre de misericordia».

f) *El don de piedad*

Así como los dones de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo perfeccionan la inteligencia en la doble función, especulativa y práctica, que ésta tiene, así los dones de piedad, fortaleza y temor vienen en auxilio de la voluntad y tienen un carácter eminentemente afectivo⁹⁹. El don de piedad perfecciona las diversas formas de la virtud de la justicia, dando a nuestras relaciones con Dios y con el prójimo esos sentimientos de espíritu filial y fraterno que deben regular las relaciones de los miembros de una misma

98. PABLO VI, *Disc. Claus. 3ª ses. Conc. Vatic. II*; AAS 56 (1964) 1015.

99. Cfr. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, pp. 298-299.

familia¹⁰⁰. «El don de piedad nos comunica el espíritu de la Familia de Dios»¹⁰¹.

Nuestras relaciones con Dios pueden adoptar múltiples variedades: la adoración, la acción de gracias, la alabanza, la petición, la reparación, el desahogo de nuestras penas o de nuestras alegrías, etc. Lo que pone el don de piedad es una especie de *instinto filial*, no porque no se tenga ya la virtud de la fe y de la caridad sino porque el don perfecciona la virtud por ese modo «divino» que es propio de los dones. Toda nuestra actividad se hace amorosa en grado sumo, lo mismo respecto de Dios que respecto de los hermanos. Amorosa, que no sensiblera. Dios es *mi Padre*; los hombres, *mis hermanos* en Dios.

A la claridad de esta luz, todo, aún lo más hostil, puede volverse amable y deseable. «Jesús —dice Pascal— no mira en Judas su enemistad, sino el orden divino que ama. Es tan poco lo que se fija en ella, que hasta le llama amigo»¹⁰². Incluso el martirio puede volverse apetecible, cuando el alma ve que lo pide Dios, *nuestro Padre*¹⁰³.

El sentido de filiación y de fraternidad es tan fuerte, tan conmovedor y trasformante, que todo adquiere como una nueva configuración. Y se hace tan potente, que el alma tiene la impresión de que antes no había visto nada de la paternidad de Dios, o de la fraternidad de los hermanos. El santo favorecido con este don siente con vehemencia en su alma los gemidos innarrables del Espíritu que le llevan a clamar «¡Abba, Padre!» (cfr. Rom 8, 15-16.26).

Con el don de piedad se relaciona preferentemente la *bienaventuranza de la mansedumbre*: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5, 4). Así lo afirma explícitamente Santo Tomás, siguiendo la clasificación hecha por San Agustín¹⁰⁴. No obstante, el Doctor Angélico

100. «Pietas secundum quam cultum et officium exhibemus Deo ut Patri per instinctum Spiritus Sancti, (est) Spiritus Sancti donum» (*STh*, II-II, q. 121, a. 1, in c); «pietas secundum quod est donum, non solum exhibet cultum et officium Deo, sed omnibus hominibus in quantum pertinent ad Deum» (ad 3).

101. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, p. 296.

102. B. PASCAL, *Pensamientos*, n. 297.

103. Cfr. CH. JOURNET, *Las Siete Palabras...*, pp. 113-116.

104. «In adaptatione beatitudinum ad dona, duplex convenientia attendi potest. Una quidem secundum rationem ordinis: quam videtur Augustinus fuisse secutus. Unde primam beatitudinem attribuit infimo dono, scilicet timori; secundam autem, scilicet *Beati mites*, attribuit pietati; et sic de aliis. Alia convenientia potest attendi secundum propriam rationem doni et beatitudinis. Et secundum hoc, oporteret adaptare beatitudines donis secundum objecta. Et ita pietati magis responderet quarta et quinta beatitudo quam secunda. Secunda tamen beatitudo habet aliquam convenientiam

precisa que esta relación está basada en que «por la mansedumbre se remueve todo impedimento de los actos de piedad». Porque si relacionamos los dones y las bienaventuranzas «por razón de *sus objetos*, al don de piedad corresponderían mejor las bienaventuranzas cuarta y quinta», es decir la de los que «tienen hambre y sed de justicia» y la de «los misericordiosos». En todo caso, es cierto que no hay nada que apacigüe y acalle tanto el alma, que la haga tan mansa y tan dispuesta al sacrificio por amor, como el saberse y sentirse interiormente hija de Dios.

Los dones se desarrollan en cada uno según su ser propio y su misión peculiar. María se sintió siempre *hija* de Dios y este sentimiento hondo y esta experiencia interior fue creciendo en ella continuamente hasta el final de su vida mortal. Pero, a la vez, era y se sentía *Madre de Dios y Madre de los hombres*. El sentido de filiación divina apoyaba e impulsaba el de su doble maternidad. Y este de su maternidad ahondaba más el de filiación. El sentimiento de la propia indignidad daba paso al de una intensa acción de gracias. Y la acción de gracias volvía a impulsar su amor de hija y de Madre. Toda ella era, y sigue siendo, hija de Dios. Toda ella era, y sigue siendo, Madre de Dios y Madre de los hombres. Nunca el corazón de una creatura se sintió tan hija de Dios. Nunca nadie amó tanto a los hombres ni los amará jamás, excepto Dios, como María, nuestra Madre. Ella nos quiere no porque seamos buenos, sino porque somos *sus hijos*.

El don de piedad hizo, pues, que ella se sintiera cada día más «Madre» de Cristo y de los hombres¹⁰⁵. Puede decirle al Padre: «He aquí a nuestro Hijo». Hijo de Dios Padre eternamente según la divinidad, Hijo de María temporalmente según la humanidad. Hijo de sólo el Padre por generación eterna. Hijo de sólo María, sin concurso de varón, por generación temporal. El Hijo la llama «Madre» y ella «Mi Hijo y mi Señor». El Espíritu Santo ve en ella a la Madre de Quien, con el Padre, El procede eternamente, e inspira en su corazón sentimientos maternos de una anchura insospechada. «¡He ahí a tu hijo... He ahí a tu Madre!». «Madre», una revelación de ternura, cuya amplitud no comprenderemos jamás y que ella ejerce ahora desde el cielo como nunca pudo hacerlo en la tierra.

g) *El don de fortaleza*

El don de fortaleza perfecciona la virtud del mismo nombre. Y al ha-

tiam cum pietate: in quantum scilicet per mansuetudinem tolluntur impedimenta actuum pietatis» (*STh, II-II, q. 121, a. 2, in c.*)

105. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, pp. 377-378.

blar de la virtud, conviene tener en cuenta un doble sentido: la fortaleza, en sentido *genérico* y en sentido *específico*. En el primer sentido, más que una virtud determinada, es como la osamenta que da vigor a todas las demás virtudes. En sentido específico, es la virtud de que hablamos, y que lleva a arrostrar por Dios el sacrificio que sea. El don viene a dar suavidad y calor amoroso a la virtud.

Dice Philipon con acierto de la virtud de la fortaleza: «Es una virtud cristiana desconocida. ¿Por qué no ha de reivindicarse la fortaleza como expresiva también del Evangelio, en una Religión fundada por un Crucificado y que comenzó a implantarse a través de tres siglos de persecuciones y martirios, y cuyo arrojo misionero nunca se ha debilitado?»¹⁰⁶.

Esta virtud adopta dos formas fundamentales: el heroísmo en los pequeños detalles cotidianos y el heroísmo en las grandes empresas. Sobre una y otra, el don viene a darle al alma la fuerza sabrosa ante cualquier situación difícil. Todo plan divino auténtico, lo mismo que el ir caminando hacia la santidad, comporta sacrificios y privaciones, así externas como internas, que Dios envía de muy diversas formas para hacer madurar al alma. Pues bien, el don de fortaleza, con la fuerza divina, lleva al hombre a mantenerse firme ante la adversidad y a acometer con energía cualquier empresa divina y llevarla hasta el final¹⁰⁷. El alma confía en la ayuda de Dios sin temor alguno a nada ni a nadie. El alma espera que Dios la sacará victoriosa de cualquier contratiempo, por insuperable que pueda parecerle a los demás. Siempre bajo el movimiento del Espíritu y con la ayuda del don de consejo, el alma va derecha hacia su fin haciendo frente a cualquier género de dificultades que puedan surgir en el camino. En una palabra, este don reviste al hombre de la fortaleza de Dios, para soportar el mal y para realizar el bien, así en lo pequeño como en lo grande.

La fidelidad en los detalles hasta el heroísmo no es actitud de personas de corazón estrecho, sino de almas delicadas. Y es «una de las formas más auténticas de santidad evangélica», accesible a todo el mundo, practicable a todas horas, con todos y en todo quehacer de cada día. Consiste en la docilidad constante a los movimientos más menudos de Dios en el alma. «Otro enemigo hipócrita de nuestra santificación —ha dicho el Siervo de Dios Mons. Escrivá de Balaguer— es el pensar que esta batalla interior ha de dirigirse contra obstáculos extraordinarios, contra dragones que respiran fuego. Es otra manifestación de orgullo. Queremos luchar, pero estruendo-

106. *Ibid.*, p. 315.

107. Cfr. STO. TOMÁS, *STh*, II-II, q. 139, a. 1, in c.

samente, con clamores de trompetas y tremolar de estandartes. Hemos de convencernos de que el mayor peligro de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea; es ese agua menuda, que se mete gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios. Oigamos al Señor, que nos dice: *quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho* (Lc 16, 10). Que es como si nos recordara: lucha cada instante en esos detalles, en apariencia menudos, pero grandes a mis ojos; vive con puntualidad el cumplimiento del deber; sonríe a quien lo necesite, aunque tú tengas el alma dolorida; dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad. Son éstas, y otras semejantes, las mociones que cada día sentiremos dentro de nosotros, como aviso silencioso, que nos lleva a encontrarnos en este deporte sobrenatural del propio vencimiento»¹⁰⁸.

La fidelidad en lo pequeño prepara las almas para la fidelidad en las grandes empresas, a que Dios puede quizás destinarlas. Se trata ya de la fidelidad ante hechos extraordinarios, cuando aparecen en el horizonte de la vida como sacrificios a los que Dios invita a quienes El elige. Dijo a este propósito el Papa Pío XII: «Siempre ha sido verdad que, empezando por las cosas más pequeñas, se llega a las más grandes y que la virtud es una flor que corona el crecido tallo, regado por la fatiga asidua de cada día. Este es el heroísmo cotidiano de la fidelidad a los deberes acostumbrados y comunes de cada día; heroísmo que forma y prepara las almas, que las eleva y las temple para las jornadas en que Dios les pida tal vez un heroísmo extraordinario... Las almas grandes se forman y se elevan a través de las lentas ascensiones, para encontrarse prontas, cuando llegue la ocasión, a las gestas magníficas y a los supremos triunfos que nos llenan de admiración»¹⁰⁹.

El don de la fortaleza se relaciona con la *cuarta bienaventuranza*: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5, 6)¹¹⁰. Y es que el don de fortaleza, entre otras cosas, lleva a desear vehementemente la santidad, dispuesta como está el alma a pasar

108. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, n. 77.

109. PÍO XII, *A recién casados*, 20. agosto. 1941; *Pío XII a los Esposos*, t. 2, Barcelona 1956, pp. 140-142.

110. Cfr. STO. TOMÁS, *l. c.*, a. 2.

por cuantos sacrificios sean necesarios para conseguirla. La santidad auténtica, cueste lo que costare y aunque nos vaya la vida en el empeño.

«Hambre y sed de justicia», que significa insaciable deseo de santidad, hambre y sed de Dios, de amistad íntima con Dios. «Y ellos serán saciados»: La recompensa empieza ya aquí en tierra, porque les saciarán las cosas divinas y les resultarán, en cambio, desabridas, incluso repugnantes, las cosas mundanas. Estas almas anhelan vivamente el advenimiento del Reino de Dios, su consolidación en la tierra, a pesar de toda la maldad del mundo. «Y serán saciados», porque el Señor hará florecer a su alrededor nuevas luces de amor, nuevos brotes de esperanza, nuevas conversiones a la gracia y a la entrega sobrenatural en medio de los afanes de cada día y según el estado de vida a que cada cual es llamado.

La santidad excelsa de María no fue puro don de Dios. La gracia divina se derramó sobre ella con abundancia, pero halló en María una cooperación excepcional. La santidad de la Virgen se forjó en el crisol del sacrificio. El cumplimiento fiel del pequeño deber de cada momento, la valentía para darse a Dios por entero con generosidad sin exigir nada a cambio, el esfuerzo y el aliento ante las diversas penalidades que lleva consigo una vida pobre, la fortaleza de ánimo ante las pruebas más duras a que Dios la sometió son expresiones que recogen pálidamente lo que fue toda su vida.

María es el prototipo de la fidelidad heroica en lo pequeño y el fiel ejemplo del heroísmo en lo grande. Su Hijo divino la asoció íntimamente a El no sólo para que participara como nadie en su misión salvadora, sino también para que, precisamente por eso, le siguiera más cerca que nadie en la hora de la prueba. Dios dispuso que pasara por las mayores amarguras que ha podido sufrir nadie en la tierra, excepción hecha de Jesucristo, Redentor del mundo, el «Varón de dolores» profetizado por Isaías (Is 53, 3). A ella aplica la Sgda. Liturgia aquellas palabras de las Lamentaciones de Jeremías: «Mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor» (Lam 1, 12).

María, exenta de la inclinación al pecado que tenemos los demás, no pudo tener tentaciones provenientes de su interior. Pero sí padeció, a semejanza de Cristo, tentaciones y pruebas exteriores. Pasó por situaciones de la vida y por trances tan duros como no los ha sufrido ninguna otra creatura. ¿Qué madre tuvo o tendrá nunca por hijo a su Dios? ¿Qué madre vio tan palpable y sensiblemente huir a su Hijo —que era el Señor del universo—, y estar sometido al hambre, a la sed, al frío y al calor, a las críticas más bajas de sus enemigos, pudiendo librarse de todo esto con un simple querer de su voluntad divina? Y ¿qué madre vio morir en cruz a su hijo, que, por ser Dios, podía haberse ahorrado este dolor a Sí mismo y a su Madre? La

fuerza de su fe, de su esperanza y de su amor fue tan grande que lo superó todo con una entereza y gallardía, con una serenidad interior, con un espíritu de entrega «filial» y, a la vez, «maternal» en manos de Dios como no existió nunca ni existirá otro igual en el mundo.

La duda no hizo mella jamás en María, ni la más leve indiferencia entibió en momento alguno la llama de su amor vivo. Tan grande fue su fe y su amor, tan firme su esperanza que toda oscuridad, todo dolor y toda «noche interior» le resultaron a Ella suaves y llevaderos, incluso amables, pensando en su Hijo. Cuanto mayor es el amor, más hondamente goza el que ama, padeciendo aún el más grande sacrificio por la persona amada. Y lo que para una persona extraña sería algo insoportable, es para quien ama la más grata de las ofrendas. Con mayor razón en María, que era consciente, cada día con más claridad, de que los sacrificios por Jesús, su Hijo, iban unidos a los de El y así eran aceptados por Dios Padre para la salvación de todos los hombres. Porque «no se encierra en sólo Cristo el amor que su Esposa le tiene, sino que en El y por El abraza a todos los hombres y los mete dentro de sus entrañas con una afición tan pura, que en ninguna cosa mira a sí mismo, tan tierna que siente sus males más que los propios, tan solícita que se desvela en su bien, tan firme que no se mudará de ellos si no se muda de Cristo»¹¹¹.

De María junto a la cruz de Cristo dice el Papa Juan Pablo II: «María es testigo, humanamente hablando, de un completo *desmentido de las palabras* que había oído de boca del Angel en la Anunciación. Su Hijo agoniza en aquel madero como un condenado... ¡Cuán grande, cuán heroica en esos momentos es la obediencia de la fe demostrada por María ante los 'insondables designios' de Dios»¹¹². «Los acontecimientos cubrieron de tinieblas la promesa» hecha por el Angel a María de que su Hijo reinaría sobre la casa de Jacob por los siglos (Lc 1, 32-33). Sin embargo, «ella también, como Abraham, 'creyó, esperando contra toda esperanza' (Rom 4, 18)»¹¹³. No es extraño que la piedad cristiana, venerando esta actitud de María ante el dolor,

111. Fr. LUIS DE LEÓN, *De los Nombres de Cristo*, III, *Amado*; en o. c., p. 93.

112. «At ecce, sub Cruce stans Maria testis ipsa est, secundum hominum rationem, absolutae negationis horum verborum. Supra lignum istud agit jamjam animam Filius ejus veluti reus... Quam ergo praestans quamque heroica est «oboeditio fidei», quam Maria erga «incomprehensibilia judicia» Dei (cfr. Rom 11, 33) exhibuit!» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 18; *AAS* 79 (1987) 382).

113. «Quam deinde pollicitationem recentia Calvariae eventa quibusdam tenebris obduxerant; nihilominus sub Cruce etiam Mariae fides haud defecerat. Fuerat tum quoque mulier, quae, ut tanquam Abraham, «contra spem in spe credidit» (Rom 4, 18)» (*Ibid.*, n. 26; *AAS* 79 (1987) 396-397).

le haya dado a nuestra Madre el título de «Señora de la Esperanza» y el de «Reina de los Mártires».

h) *El don de temor de Dios*

Es necesario, ante todo, precisar el concepto de «temor de Dios». Porque existen varias clases de temor. Hay quienes temen los sufrimientos y sacrificios de esta vida, incluso hasta el punto de estar dispuestos a abandonar a Dios, a Cristo y a su Iglesia, por verse libres de críticas, sonrisas despectivas o persecuciones. Es el llamado «temor mundano». Este temor «es siempre culpable y fuente de incontables capitulaciones... por respeto humano, por ambición o por sensualidad»¹¹⁴. Lo explica con amplitud Sto. Tomás, de quien son estas palabras: «El temor mundano procede de amor mundano como de una raíz viciada. Por eso el temor mundano siempre es malo»¹¹⁵.

Otra clase de temor es el llamado «servil», por el que el hombre teme las penas que pueden seguir al pecado. Este temor puede ser rechazable o puede ser bueno. Es rechazable cuando se mantiene en el alma el afán de pecar y las penas del pecado se temen como el *mal sumo* que a uno pueda acontecerle. En vez de ver en el pecado la ofensa de Dios, se ve en él *única-mente un mal propio*, con lo que el hombre se convierte a sí mismo en el centro de todo. Por eso es rechazable. Es el temor llamado «servilmente servil».

Pero también se da un temor servil aceptable y digno, llamado «simplemente servil», cuando el temor de las penas excluye la voluntad de pecar y va unido con la esperanza del perdón. Se deja de cometer el pecado o se arrepiente uno de él por temor a Dios, que lo *castiga con las penas del infierno*. Aunque esto no supone un amor perfecto a Dios, este sentimiento es bueno y procede del Espíritu Santo, porque aparta a uno del pecado por ser ofensa de Dios, aunque esto vaya unido al temor de las penas del infierno, que uno quiere evitar¹¹⁶.

114. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, p. 333.

115. «Timor mundanus est qui procedit ab amore mundano tanquam a mala radice. Et propter hoc et ipse timor mundanus est semper malus» (*STh*, II-II, q. 19, a. 3, in c).

116. Sobre el concepto de temor *serviliter servilis* y *simpliciter servilis*, cfr. D. M. PRÜMMER, *Manuale Theologiae Moralis*, III, Frib. Brig. 1928, n. 344; M. SCHMAUS, *Teología Dogmática. VI, Los Sacramentos*, Rialp, Madrid 1963, pp. 564-567.

Y existe, por fin, el llamado «temor filial», que se da cuando sencillamente se teme *ofender a Dios* por ser El quien es. Es el temor *del hijo* que no quisiera por nada del mundo ofender o entristecer a su padre. Se rehuye el pecado, pero no por razón del castigo, sino *por amor de Dios*, que es infinitamente grande y misericordioso.

El don de temor de Dios va por esta línea, pero muy por delante y a mucha mayor altura. Por él, el alma ve a Dios como supremo y absoluto vengador de todo mal. Porque es tan infinita *su santidad* que no puede menos de rechazar de su presencia todo pecado e imperfección. De ahí que una de las características más destacadas de este don sea el de un profundo sentimiento interior de *nuestra nada*. Ante Dios, infinitamente santo, el hombre, toda creatura, se encuentra manchada. Este sentimiento, en su doble aspecto, no brota de una meditación discursiva, sino de una simplicísima inspiración divina.

Aunque está íntimamente relacionado con las virtudes de la esperanza, la templanza, la religión y la humildad, es poderoso auxiliar de todas las virtudes. Porque la constante consideración de la grandeza de Dios y, a la vez, de nuestra pequeñez nos lleva al ejercicio fiel de toda virtud, pensando siempre que todo lo que nos sacrifiquemos por Dios, que todo cuanto hagamos por El, será siempre poco para honrar dignamente a Padre tan entrañable.

Es el don que se relaciona con la *bienaventuranza de la pobreza*: «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt 5, 3)¹¹⁷. «Pobres de espíritu», es decir, los que, teniendo riquezas o no, confían en Dios, desposeídos de todo lo terreno; los que confían en Dios y no en los hombres; los que ponen todo su ser y todo cuanto son y tienen en manos de Dios, a su servicio y a disposición de los demás, según la llamada divina de cada cual. Dicho de otra forma: «Pobres» son los que de tal modo aman a Dios, que están prendidos de El, pendientes de El, clavados todos sus deseos y aspiraciones nobles en los planes de su santísima voluntad. Los que, por amor de Dios, están despojados de todo, hasta la total desnudez interior, con la decidida voluntad de no tener voluntad propia ante Dios. Los que, por amor de Dios y por reverencia a El, tratan de estar despegados de sí mismos; de honores, fama, cargos, bienes y satisfacciones, de todo. Hasta de la vida, si Dios la pidiera para corregir al mundo con este sacrificio, que subiría hasta Dios con el de Jesucristo¹¹⁸.

117. Cfr. *STh*, II-II, q. 19, a. 12.

118. Cfr. CH. JOURNET, *Las Siete Palabras...*, pp. 151-153.

En María se dio este don, pero en un grado superior al que ha podido darse en los demás santos. En Ella no pudo darse nunca un sentimiento de estricto temor al pecado. Sólo una *reverencia filial*, de altísima intimidad con el Señor, que la llevaba a ahondar de continuo en su propia pequeñez, en su nada, y en la infinitud de Dios, de quien todo lo había recibido. «Porque vio la pequeñez, la nada, de su esclava» (Lc 1, 48). No es la «humildad-virtud», tampoco la «humillación», lo que, según María, ha visto Dios en ella. Es la realidad ontológica de la pequeñez, de la «nada» en comparación con la grandeza infinita y con la santidad omniperfecta de Dios. Aunque el verse así suponga en María una incomparable humildad.

El temor encoge las fuerzas del alma y vuelve a uno inactivo o atollado en su acción. Por el contrario, quien vive del don de temor de Dios desarrolla todas las virtualidades del espíritu con sumo gozo y en perfecta sintonía con los planes de Dios. Siente incluso que, a medida de que las necesidades crecen a su alrededor, también se amplían los resortes de su propio dinamismo. Teme ofender a Dios *porque se siente su hijo* y esto le espolea a trabajar, a esforzarse, serena y pacíficamente, por llenar sus manos de obras buenas para que Dios le sonría como al «siervo bueno y fiel» (Mt 25, 21-23). Así, su corazón se dilata y la magnanimidad viene a ser algo que le acompaña en todo su pensar y actuar. En esta actitud diligente y magnánima, que se observa en Caná, vivió siempre María, de modo especial en el Cenáculo, cuando, después de la ascensión de su Hijo, empezó a ejercer su oficio de Madre de la Iglesia.

María se veía como instrumento débil y pobre, pero era consciente de que el Señor le había dejado unos «talentos» que no iba a enterrar por falsa humildad, respetos humanos o, en definitiva, por falta de amor. Allí estaba impulsando, con el potentísimo imán de su esperanza y de su amor, la oración de los primeros discípulos, «que constituían el germen del 'nuevo Israel'. Allí estaba presente como un testigo excepcional del misterio de Cristo»¹¹⁹. Era su contribución a la obra de la salvación en aquel momento. Y en aquellos años, como luego a través de la historia, todos «miraban a Jesús a través de María»¹²⁰. Ella, que no recibió de su Hijo el ministerio sacerdotal¹²¹, supo ocupar siempre, como una «esclava del Señor», como un «siervo inútil» (Lc 17, 10), el puesto que Dios le había asignado en la obra de la Salvación: el de Madre.

119. «Qui germina erant «Israelis novi». Uti potissima mysterii Christi testis inter illos assistebat» (JUAN PABLO II, *RM*, n. 27; *AAS* 79 (1987) 397).

120. «Ecclesia a primis itaque momentis... Jesum per Mariam 'aspexit'» (*Ibid.*, n. 26; *AAS* 79 (1987) 396).

121. «Maria non directo hoc apostolicum accepit munus» (*Ibid.*; *AAS* 79 (1987) 395).

Así vivió hasta el final de sus días, cuando, consolidada ya la Iglesia primitiva, la fuerza de su inmenso amor a Dios y a todos los hombres quebró un día su finísimo Corazón de carne y le sobrevino la muerte. Sagrario viviente del Espíritu Santo durante toda su vida mortal, pasó definitivamente al gozo de su Hijo y alabanza del Padre.

Conclusión

Asunta en cuerpo y alma al cielo, vive ya en plenitud definitiva su amor, sustituida la fe por la visión bienaventurada y la esperanza por la posesión, en íntima comunión de gozo con Dios Padre, con Dios Hijo, su Hijo Jesucristo, y con Dios Espíritu Santo. Desde allí continúa actuando como Madre de todos nosotros, «cooperando con maternal amor a la generación y educación» sobrenatural de las almas¹²². Desde allí, sigue «alcanzándonos de Dios, con su múltiple intercesión, las gracias que necesitamos para salvarnos»¹²³. Movida «por su maternal amor, sigue cuidando de todos los hombres, los hermanos de su Hijo»¹²⁴. Incluso de los más apartados de Dios. Porque esto tiene de bello y único el querer de una madre buena: que amando a todos los hijos por igual, mayores desvelos y más cuidados dedica precisamente al que está más enfermo. Aunque sin duda alguna también sonríe de satisfacción al contemplar el empeño que sus hijos ponen en agradarla, honrarla, venerarla y engrandecerla.

En palabras de P. Philipon, «la Virgen fiel, Madre del Verbo y del Cristo total, dócil siempre al más débil soplo del Espíritu, es, después de la humanidad santísima de Cristo, la obra maestra de la Trinidad»¹²⁵. Quiero añadir que esta «obra maestra» no es una figura decorativa en el Cristianismo. Ni siquiera una persona adornada por Dios con tantos dones para que nos quedemos admirándola. Esta «obra maestra de la Trinidad» es Madre de Dios Redentor y, por ello, también Madre mía, de este pobre ser humano de carne y hueso que soy yo, que es cada uno de los mortales.

Y aquí es necesario poner de relieve una verdad inconclusa de la Teología que, sin embargo, se pasa muchas veces por alto. No hay ser más lejano de Dios que el pecador. Ni hay ser más cercano al pecador que Dios. «Dios es más íntimo a mí que yo mismo», en expresión conocida de S. Agustín¹²⁶. En el orden de la salvación esto sucede también con Jesucristo. Y,

122. CONC. VATC. II, LG, n. 63.

123. *Ibid.*, n. 62.

124. *Ibid.*

125. M. M. PHILIPON, *Los dones...*, p. 392.

126. S. AGUSTÍN, *Confes.*, 3, 6, 11.

en este plano, algo similar sucede con María. María, Madre de Dios y Madre nuestra, por ser Madre de Cristo y su cooperadora en la obra de la Redención, está como Madre donde está Cristo como Salvador. Cuando Dios se adentra en el corazón del hombre para llamarlo a la fe, para excitarlo a penitencia, para purificarlo, allí se filtra también el amor maternal y suplicante de María. A veces es María, aparentemente, la que entra primero, de puntillas, para hacerle un sitio holgado al Señor. Y ella, que es, en vieja expresión de la Vulgata, «la Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la santa esperanza» (Ecclo 24, 24), suscita en nosotros desde dentro del alma unos anhelos de limpieza, de entrega, de generosidad, de arrepentimiento, de sencillez y de fraternidad que ojalá nunca dejemos sin una respuesta de aceptación.

A ella se eleva nuestra humilde oración ampliando una letra que usaba la Liturgia en la antigua Misa de Ntra. Señora del Carmen: «Madre de Dios y Madre nuestra, Tú que estás de continuo en la presencia de Dios, concédenos la gracia de comportarnos de tal forma que, al vernos, no puedas menos de sonreír y decirle al oído de tu Hijo cosas bellas de nosotros»¹²⁷.

J. Polo
Centro de Estudios Marianos
ZARAGOZA

127. «Recordare, Virgo Mater, in conspectu Dei, ut loquaris pro nobis bona», *Commemor. de Ntra. Señora del Carmen, ofert.*; Jer 18, 20.

